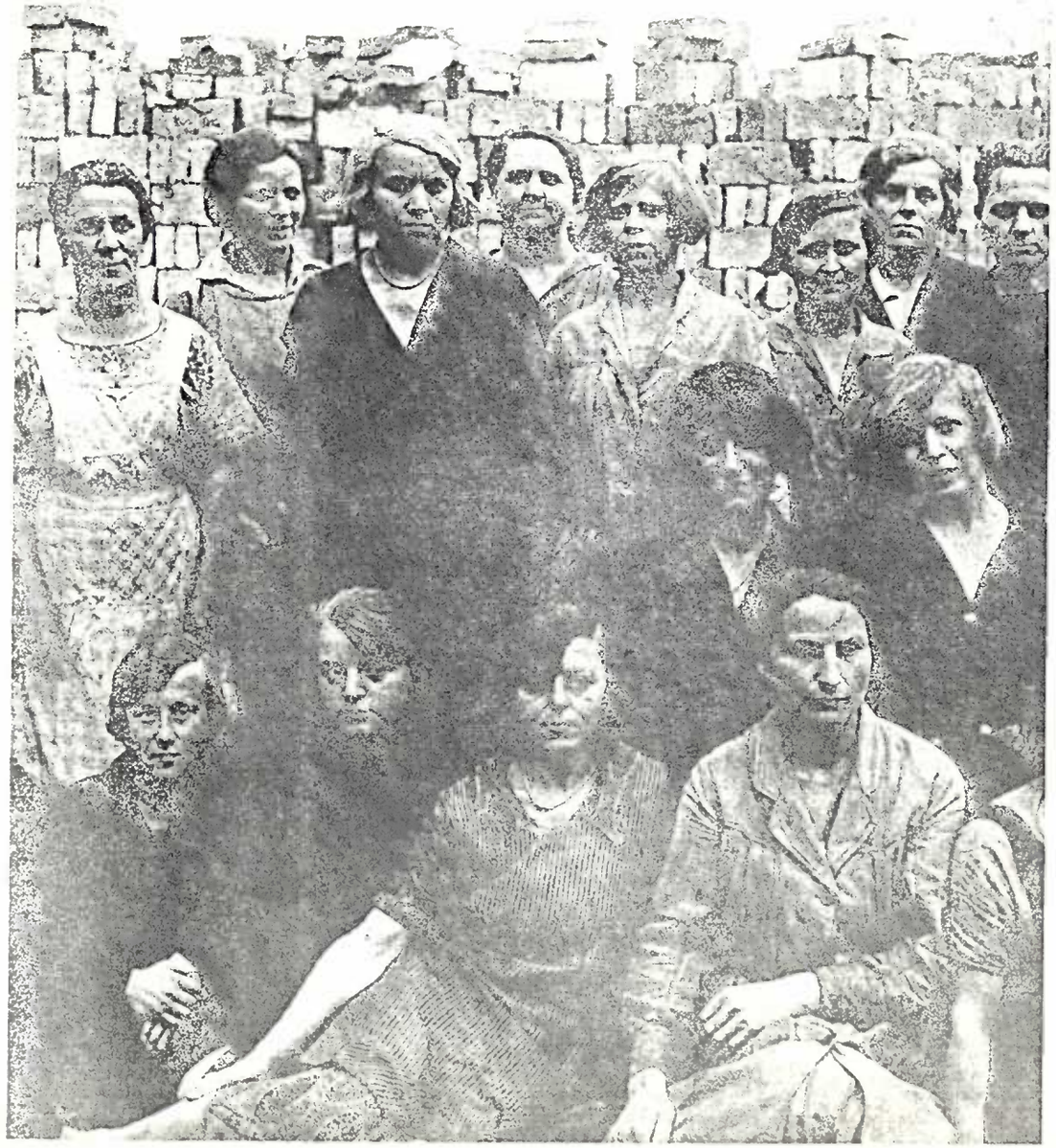


Historia de las Mujeres. original
El siglo XX. La nueva mujer.
Taurus, 1993 Madrid

12.34
L 178
352

# Una emancipación bajo tutela. Educación y trabajo de las mujeres en el siglo XX

004270

*Rose-Marie Lagrave*[1]

«El siglo XX escribirá la historia de la rivalidad entre hombres y mujeres»: son palabras del discurso que el 23 de julio de 1908 pronunció el director del *Collège de Jeunes Filles* de Périgueux, con ocasión de la entrega de premios. En el umbral del siglo XXI es menester comprobar que esta predicción no se ha cumplido. Para rivalizar hay que tener al menos alguna probabilidad de ganar, y combatir con las mismas armas. Ahora bien, a pesar de una creciente feminización de la sociedad, el juego entre hombres y mujeres sigue siendo muy desigual como para que pueda organizarse una competencia perfecta. El siglo XX se define más bien por la larga y lenta legitimación de los principios de división sexual del mundo social, al perpetuar o reinventar sutiles formas de segregación en el sistema de formación y en el mundo del trabajo. En efecto, el orden social funciona como una suerte de criba que distribuye de manera regular, aunque imperfecta, a hombres y mujeres en esferas de formación y de trabajo separadas. Su función principal estriba en organizar la competencia entre los sexos y de disimular con eufemismos la violencia de la dominación masculina[1]. Y, sin embargo, este siglo no ha dejado ni por un instante de proclamar la igualdad de los sexos y la ha escrito con letras de oro en las leyes, de tal modo que muchos analistas y observadores se sienten inclinados a calificarlo de liberador. Efectivamente, todos los análisis concuerdan en mostrar la influencia cada vez mayor de las mujeres en el engranaje de la sociedad, siempre y por doquier. Si no se tiene en cuenta la ilusión óptica por la que se atribuye la igualdad de los sexos a la evolución positiva de la condición femenina, sin advertir en absoluto que en el mismo período también evoluciona la condición masculina, es posible rendir homenaje a este siglo decadente. Pero si, en cambio,

004150

5 función central del trabajo
6 familia
1- Emancipación
2 igualdad de con
3. Educación y trabajo

¿Mujer sola y sin recursos, obrera que aumenta los ingresos familiares, viuda a cargo de su familia, soltera que desea tener ingresos propios? ¿Qué experiencias han marcado la mirada y el rostro de estas mujeres? Desde el lugar que ellos diseñaron para ellas surgen los rostros que quieren decir su historia. Una historia de desigualdades, una historia que escriben siempre desde su lugar de postergadas. 1930, Berlín. Obreras.

adoptando un pensamiento relacional, se compara constantemente el ascenso de las mujeres con el progreso de los hombres, se descubre con toda claridad el desfase de las posiciones entre hombres y mujeres, tanto en educación como en trabajo.

Pero no basta con poner de manifiesto la permanencia de las desigualdades entre los sexos, pues también desempeñan un papel importante las desigualdades de las propias mujeres. Si bien es cierto que, en determinados aspectos, las mujeres del siglo XX tienen características comunes que los pensadores de todas las tendencias se afanan en recordarles, las oportunidades de desarrollarse en pie de igualdad con los hombres están muy mal distribuidas. Entre la alumna de la Escuela Normal de Sévres que compite con los estudiantes de la calle de Ulm por una cátedra, y las obreras que, orientadas por esa especie de instinto de clase que prevalece sobre el de sexo, luchan codo con codo con los obreros, encontramos toda la enorme distancia que separa las clases sociales entre sí. Sin embargo, la existencia de este sistema de diferencias no igualitarias no presupone nada acerca del carácter irreversible e inamovible del poder que constituye la suerte de hallarse del lado favorable de la desigualdad, es decir, la suerte social de ser varón. Pero en el mundo de la educación y del trabajo, la ley de la alternancia no desempeña ningún papel: las posiciones dominantes son ocupadas siempre por varones; las desvalorizadas, por mujeres. Por ejemplo, un oficio feminizado ya no se masculiniza; la Sorbona «Paseo de las señoritas», como se decía en 1919, no se ha convertido hoy en el paseo de los caballeros. Cuando las mujeres progresan en una profesión, los hombres desertan o lo han hecho ya antes. No se trata de una situación de rivalidad, ni de competencia justa, sino de una defección silenciosa. Esta fuga hacia adelante perpetúa el desfase estructural de las posiciones entre hombres y mujeres, al mismo tiempo que asegura el cambio de la estructura y la adaptación a la coyuntura. Pero es imposible entender a fondo la permanencia de este desfase si se pierde de vista que toda comparación entre hombres y mujeres, aun cuando sólo sea estadística, está viciada en su fundamento mismo. La situación no es la misma, por otra parte. Y este «por otra parte» se llama familia, que ejerce una gravitación ideológica y práctica diferente sobre los unos y las otras. A los hombres se los exhorta a trabajar para atender las necesidades de la familia, mientras que a las mujeres se las acusa de abandonar esa misma familia por un salario complementario. Los hombres «entran en la carrera»; las mujeres, en cambio, desertan del hogar. Pierre Hamp dice en 1919: «A causa de la feminización de los oficios, estamos ya deshonrando las cunas.» Éste es, aunque con argumentos revisados, corregidos y adaptados a las circunstancias, el *leitmotiv* del siglo XX: educación y trabajo para las mujeres, sí; pero bajo vigilancia y en determinadas condiciones, siempre que no revierta en perjuicio de la familia, siempre que se mantenga dentro de límites pensables para las mujeres en cada época; siempre que no ponga en peligro la limitación y la excelencia de los títulos y de los puestos que ocupan los hombres. De ahí la necesidad de inculcar, tanto a los varones como a las niñas y tanto en la guardería como en la familia, dos sistemas de disposiciones diferentes que se encarnarán poco a poco en dos sistemas de posiciones separadas en el trabajo. El siglo XX, por tanto, ha escrito la historia de la entrada masiva de mujeres en la

Liberadas del corsé y hasta de las faldas ensucian sus manos, entusiastas, en una labor imposible de imaginar en épocas normales. La guerra hace creer en un *1789 de las mujeres*. 1917, Nueva York. Un grupo de mujeres asiste a un curso de mecánica de automóviles.

educación y en el empleo remunerado, pero marcada por la desigualdad de oportunidades escolares y por la negación del carácter sexualmente mixto de las profesiones. Es decir, que, con variaciones, pero también con elementos invariables, continúa escribiendo la conocida historia de la segregación.

## Trabajo o familia: ¿Cuál es la patria de las mujeres? (1918-1945)

Una vez pasada la tormenta de la Primera Guerra Mundial, a la hora de los balances sobre las cifras de escolarización y de actividad de las mujeres, se llega a la conclusión de que «la guerra de 1914 fue el 1789 de las mujeres». En efecto, la guerra resulta útil a las mujeres:

los hombres, que se han marchado al frente, ceden su lugar; ellas cumplen bien su cometido en la retaguardia. Durante el drama, el compromiso se desplaza, no tiene lugar la competencia por el reparto del trabajo entre hombres y mujeres, a falta de combatientes. En 1917 se comienza a pensar en el fin de las hostilidades, a buscar soluciones. No es una época fácil. En efecto, se abre un período que, entre una y otra guerra, presenta todas las señales de la enfermedad infantil del capitalismo: depresión, crisis, crac bursátil, desempleo estructural. Y todo ello pone al descubierto, ante el azoramiento del mundo entero, la carencia de instrumentos internacionales reguladores de una economía en crisis. En este contexto mundial de turbulencias coyunturales y estructurales es donde, en los países industrializados, la educación y el trabajo femeninos experimentan notables progresos. Unos se asombran, otros lo lamentan, pero la urgencia está en otro sitio. Después de tantos muertos, si las mujeres no se dan cuenta por sí mismas de cuál es su deber, vale la pena recordárselo.

*Del espíritu a la letra*

Las reconstrucciones nacionales también son empresas de repoblamiento de las naciones. El descenso de la natalidad, el aumento de la cantidad de trabajadores, el regreso de los hombres a las fábricas y a los campos, todo ello desencadena una nueva ofensiva ideológica de gran envergadura con el propósito de que las mujeres regresen a su casa.

Fortalecida por el apoyo de la Iglesia, la política profamiliar escoge como blanco privilegiado el trabajo de las mujeres, sobre todo el de las mujeres casadas. He ahí el origen de todos los males: el descenso de la tasa de natalidad, la mortalidad infantil, la dispersión familiar, la degeneración de las costumbres y la abdicación paterna de los deberes de educación de los hijos. Se trata de una estrategia bien planificada y que se desarrolla en dos planos a la vez. Uno, radical y represivo: la prohibición lisa y llana; el otro, educativo y positivo: la revalorización del trabajo doméstico. Una operación de este tipo no se lanza sin haberse asegurado antes la retaguardia. Apoyándose en las ligas femeninas católicas y en el patronato, portador del catolicismo social, se realizan periódicamente sondeos internacionales[2] con el fin de comprobar las oportunidades de éxito de una empresa de «repatriación» de las mujeres al hogar. Las respuestas son claras, pero expresan desconcierto. ¿Cómo conciliar la ética católica y el interés económico? Los patrones responden que el interés general manda sin duda prohibir el trabajo de las mujeres casadas, pero, ¿ha de sacrificarse por ello el interés particular, el beneficio de la empresa? Los patrones austriacos aducen el aumento de precio de las mercancías: habría que emplear a hombres en sustitución de las mujeres; pero en Austria, el salario que cobran las obreras es la mitad del de los obreros. Francia, Italia y España señalan que las madres de familia son más razonables en el trabajo que las chicas jóvenes. Bélgica, Italia y Austria proponen prohibir por ley el trabajo de las mujeres casadas, mientras que Francia responde que habría que contemporizar, pues esa medida no conseguiría más que estimular el concubinato. Pero este argumento carece de valor en Austria, que demuestra que el concubinato es cuestión de mujeres mantenidas, no de obreras. Se sopesan los pros y los contras: por un lado, la industria se vería liberada de las indemnizaciones por maternidad, pero, por otro, a los hombres habría que pagarles salarios más elevados. Las medidas radicales distan mucho de ser evidentes y, por tanto, hay que conformarse con un consenso mínimo: a partir de entonces, todos los patrones católicos tendrán que negarse «a ocupar» a las madres de familia.



A esta ofensiva le falta habilidad; sería mejor conseguir que las mujeres se hicieran ellas mismas cargo de su propia eliminación del mundo del trabajo. Se trata de oponer, al retiro pasivo, el retorno entusiasta y valorizado al hogar: se inventa la madre educadora, el ama de casa racional y taylorizada, mascarón de proa de la nueva economía doméstica. Además, se abren escuelas y cursos para intensificar la educación doméstica, que adopta tanto formas burguesas como populistas, a fin de adaptarse a las diferentes expectativas de clase. Para las clases trabajadoras debe ser un medio para luchar contra el derroche y un método para hacer maravillas «con lo que hay», es decir, con un salario modesto. Si, por un lado, los obreros luchan por un salario decente, por otro lado sus esposas deben aprender a acomodarse a éste racionalizando al máximo los gastos. En Francia, la inauguración del primer Salón de las Artes del Hogar, en 1923, sacude la somnolencia de las mujeres de la burguesía: es necesario mecanizar la cocina, aprender un nuevo arte de recibir y de participar así en la plusvalía del capital social del marido al consumir menos, pero mejor. En Alemania, se estimula la formación doméstica de las chicas jóvenes con el concurso de las amas de casa, y el año 1934 se declara «año de la economía doméstica». A pesar de ese gran proyecto para las mujeres, los discursos familiaristas ya no tienen eco; entran demasiado en contradicción con los intereses del mundo del trabajo y con las aspiraciones al ascenso social que las mutaciones estructurales ahora hacen posible. Esta temeraria empresa no impide que las mujeres se mantengan en el mundo del trabajo.

Es verdad que sufren más que los hombres las sacudidas de una economía en crisis y pagan el precio de la adaptación al mercado del trabajo, pero resisten bien, sin grandes progresos, pero sin retroceso notable. Para Europa, el análisis del *Annuaire statistique international de la Société des Nations* muestra que, a partir de comienzos del siglo, el porcentaje de la población femenina activa presenta una notable estabilidad en relación con la población femenina total. Desde el punto de vista estadístico, Europa se divide en dos. Por una parte, los países del norte, sobre todo Dinamarca, Suecia, Noruega, Inglaterra y Finlandia, industrializados desde mediados del siglo XX, son testigos del aumento de mujeres activas entre 1900 y 1910, mientras que hasta 1930-1931 su número se estanca e incluso disminuye, para volver a elevarse hasta 1945. Por otra parte, los países del sur intentan superar su retraso. Con un punto de arranque muy bajo para alcanzar un nivel extremadamente moderado, Grecia, Italia y España «despegan» hacia 1915-1920. En Grecia, por ejemplo, la tasa de actividad femenina pasa del 13,6 al 24 por 100 entre 1921 y 1928. Francia encabeza el pelotón: en 1926, el 36 por 100 de las mujeres está en actividad, frente al 23 por 100 en Italia. Sin embargo, el trabajo en Europa sigue siendo abrumadoramente masculino; la cantidad de hombres activos es el doble, y hasta el triple, de la de mujeres. Más reveladora aún resulta la

evolución de la actividad de las mujeres casadas: entre los 25 y los 54 años de edad, las mujeres en edad de casarse y de procrear trabajan. Este fenómeno es particularmente claro en Francia: aun cuando el número de mujeres activas disminuye entre 1921 y 1936, la cantidad de mujeres casadas activas continúa aumentando, para pasar del 35,1 al 41,4 por 100. El veredicto de las cifras es claro: las mujeres casadas se resisten al encierro doméstico[3]. El mensaje familiarista muestra sus limitaciones, pero sin por ello perder influencia, pues sus efectos son perversos. Produce la distorsión de la estructura del empleo femenino, al inclinarla hacia las variantes burocráticas y sociales del trabajo doméstico, esto es, hacia empleos típicamente sexuados, a pesar del indudable avance de las mujeres en los bastiones profesionales masculinos.

*Proyectos de hombres, destinos de mujeres*

En Europa, las formas precapitalistas de trabajo, tales como el trabajo a domicilio y el trabajo familiar, ceden paso al trabajo asalariado. Se asiste a un triple proceso: una redistribución industrial de la mano de obra femenina, un aumento de los empleos femeninos en el sector de servicios y un avance de las mujeres en las carreras intelectuales y liberales. Esta remodelación estructural hunde sus raíces en las transformaciones de la economía, pero también en las estrategias de movilidad social de las clases trabajadoras y en las estrategias de reproducción de las familias burguesas, que quieren dotar a sus hijas de un acervo cultural que compense la ausencia de dote o permita aumentarla. Para todos, el instrumento de este proyecto es la Escuela, aun cuando en realidad ésta dista todavía mucho de adaptarse al mercado laboral. El empleo diferencial que de ella se hace según las clases sociales, su carácter a la vez más democrático y más selectivo, abre horizontes a unos, pero los cierra a otros, sobre todo a las mujeres. Esta situación afecta más a las obreras que a los obreros.

Tras la finalización de la Primera Guerra Mundial, la clase obrera sufre una profunda transformación en todos los países. No obstante, sigue estando profundamente marcada por la homogeneidad profesional, por tradiciones sindicales y mentalidades poco proclives al trabajo de las mujeres. La enseñanza técnica profesional y la enseñanza general elevan el nivel de cualificación de los obreros, pero casi no influyen en las obreras. Sin embargo, el nivel de escolarización primaria afecta a todos los medios.

En Francia, la igualdad escolar entre niñas y niños en la escuela primaria se alcanza en 1901. Las carencias de la enseñanza técnica y las del aprendizaje, que habían caído en el olvido, se ven relativamente compensadas por la adquisición de una cultura técnica en el trabajo mismo o en ocho días. Con poca o ninguna cualificación, las mujeres van a servir a la nueva lógica de racionalización del trabajo que, gracias a la introducción del taylorismo, transforma la industria y distingue cada vez más entre empleos cualificados y no cualificados. Se trata de rentabilizar las cualidades femeninas «naturales»:

> Las mujeres se distinguen por su coraje, su habilidad en los trabajos que requieren una gran sensibilidad motriz, movimientos rápidos y precisos. Por otra parte, la mujer es buena administradora, previsora por naturaleza, e incluso ávida de ganancias; a veces, una ligera ganancia suplementaria basta para que trabaje por encima de sus fuerzas[4].

La guerra ha terminado y en el marco de la reconstrucción nacional, la política pro-natalista la emprenderá contra el trabajo de las mujeres y por las buenas o por las malas éstas deben volver al hogar. F. Gimeno y Aranza (1858-1927), *Madre e hija*. Barcelona. Colección Particular.

Dado que esos gestos técnicos son «espontáneos», no hay ninguna necesidad de aprendizaje ni de empleos cualificados. En efecto, las mujeres cubren empleos no cualificados, aunque sin salir del sector industrial. A pesar de que, entre 1918 y 1945, se produce en Francia un estancamiento de los efectivos industriales femeninos, es imposible hablar de verdadero declive. En cambio, hay un efectivo deslizamiento de los sectores tradicionalmente femeninos —textil, confección—, hacia sectores nuevos, como los de la química, los metales, la alimentación. La proporción de obreras en el trabajo textil cae del 62 por 100 en 1921 al 55 por 100 en 1954, mientras que, en el mismo período, la cantidad de obreras del metal se multiplica por seis. Las reestructuraciones industriales cierran en gran medida la brecha salarial entre ambos sexos. En 1920, la diferencia de salarios es del 31,1 por 100 y se mantiene más o menos constante hasta 1929; en 1930 cae al 19 por 100, en 1936 vuelve a ascender al 23 por 100 y en 1925 se reduce otra vez al 15 por 100. Los convenios salariales de Matignon del año 1936 tienen como resultado inmediato el de dar mayor preferencia al empleo de mujeres que al de hombres, a fin de bajar el coste de la masa salarial. Durante todo el período de reconstrucción, el empleo industrial creció mucho y una buena cantidad de empresas se vieron obligadas a recurrir a las trabajadoras a domicilio, a las ayudas familiares, a las labradoras que abandonan la tierra y, por último, a una mano de obra inmigrada.

Entre 1913 y 1931, la cantidad de trabajadoras a domicilio cae a la mitad, pues entran de pleno derecho en las fábricas, mientras que, en 1921, la mano de obra extranjera llega al 3,95 por 100 de la población activa francesa, en 1931 al 6,59 por 100 y en 1936 desciende al 5,34 por 100. Las obreras y los inmigrantes constituyen las reservas de fuerza de trabajo con las que cuenta la patronal para asegurar la flexibilidad del mercado de trabajo y ejercer una presión a la baja sobre los salarios. Si bien las mujeres y los inmigrantes se encuentran en empleos industriales no cualificados y son las primeras víctimas del paro, no trabajan en los mismos sectores. Los italianos o los polacos trabajan en la construcción, las minas de carbón y las obras públicas, mientras que las obreras lo hacen en la industria textil, la metalúrgica y la de la alimentación. La economía los distribuye de acuerdo con la lógica de la segmentación de la mano de obra y la división sexual del trabajo según la lógica de los datos «naturales».

Se trata de dividir para reinar mejor, ejerciendo una violencia relativa sobre las mujeres en comparación con los obreros, pero también sobre esos «hombres sin cualidad» que son los inmigrantes en comparación con los obreros dotados de cualificación y de estatutos. Las malas condiciones de trabajo conducen a las familias de clases trabajadoras a poner en práctica estrategias destinadas a que sus hijas puedan escapar de la condición obrera. Si bien la herencia profesional todavía tiene un papel importante para los hijos, para las hijas, por el contrario, se desea fervientemente que «tengan las manos blancas» y que se unan a los «trabajadores de cuello blanco» del sector terciario o de servicios.

Las clases trabajadoras no son las únicas que desean un oficio femenino para sus hijas. Sus aspiraciones se mezclan a las de la pequeña y mediana burguesía que, para mantener o mejorar su posición,

¿Hija de obreros o de la pequeña burguesía? Unos y otros por diferentes motivos, se esforzarán por hacer de sus hijas trabajadoras *de cuello blanco*. 1928, Alemania.

envía a sus hijas a la escuela secundaria y considera que una dote profesional no desentona en el ajuar. Europa entera sigue escolarizando a sus hijas, pero los ritmos de este progreso varían de un país a otro. Mientras que, de 1900 a 1913, Dinamarca, Noruega, Suecia y Finlandia son testigo de un rapidísimo aumento del número de niñas que siguen estudios secundarios, Italia, España, Grecia y Portugal sólo consiguen «despegar» en 1928. Inglaterra, Holanda, Bélgica y Francia, por su parte, también asisten a un progreso regular.

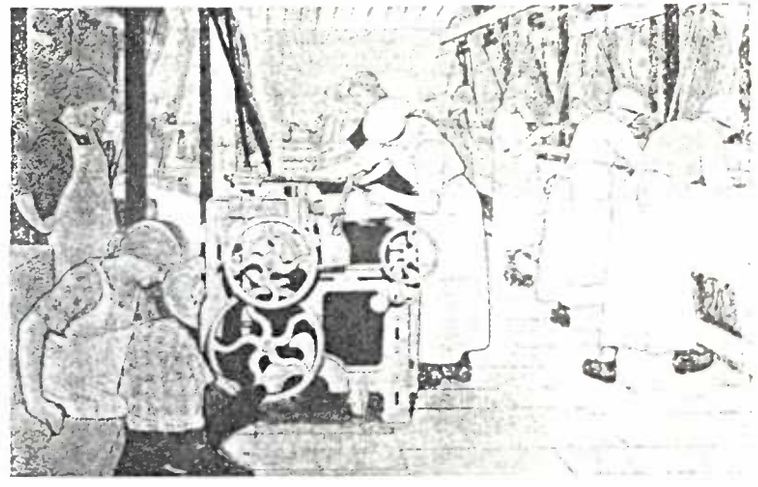
En Francia, en la enseñanza secundaria, las chicas llegan a ser, en promedio, la cuarta parte que los chicos, pues entre 1911 y 1945 pasan del 23 al 28 por 100. En este nivel de la educación, el desfase entre enseñanza privada y enseñanza pública se corresponde casi perfectamente con el desfase sexual. En los cursos privados complementarios de 1911 se inscribe el triple de niñas que de varones (42 frente a 15 por 100, respectivamente), mientras que en 1950 esa relación desciende al doble. Con el decreto del 25 de marzo de 1924 sobre la «unificación» de los programas de enseñanza para chicos y chicas, la enseñanza secundaria se vuelve menos sexista y más laica para las niñas francesas, aunque sin brindarles por ello las mismas oportunidades que a los varones. Todo el sistema escolar estimula a las muchachas a limitar sus ambiciones intelectuales al terminar los estudios secundarios. Paralelamente, se inculca a las niñas las disposiciones apropiadas a su dedicación a los oficios femeninos de servicio a los demás. A partir de 1930, la cantidad de alumnas de las escuelas normales de maestras supera la de los alumnos varones de la misma rama, y la escuela de enfermeras de la Salpêtrière inscribe a las candidatas en lista de espera.

Estas medidas escolares se adaptan a la oferta de empleo del mercado de trabajo, en el que el sector servicios progresa con gran rapidez. En efecto, la creciente complejidad de la economía necesita una administración, una burocracia y un sector bancario eficaces. Dos sectores en pleno auge desempeñan el papel de motores en el incremento del empleo femenino: el de la banca y los seguros, responsables del 50 por 100 de las creaciones netas de empleo, y el de los servicios públicos, en el cual, entre 1906 y 1936, la proporción de mujeres se duplica. Se invita a los hombres a que abandonen determinados empleos, de acuerdo con una nueva distinción en vigor entre empleos activos y empleos sedentarios. El objetivo es el de canalizar las energías masculinas hacia los oficios activos y a las mujeres hacia los oficios sedentarios. Entonces comienza a abrirse camino la idea de empleo exclusivo para mujeres. En un libro-alegato, publicado en 1914, André Bonnefoy prescribe a los hombres que abandonen las oficinas y que dejen a las mujeres, por ejemplo, el puesto de bibliotecaria:

> Allí, el hombre no está en su sitio: esta ciencia es la sirvienta de las otras ciencias. Y la situación de subordinación no conviene a la dignidad natural del hombre. En cambio, la mujer no se sentirá humillada por servir, por desempeñar en la biblioteca el mismo papel que desempeña en su casa[7].

Muchas mujeres dan su aprobación a este juicio. En nombre de las cualidades intelectuales y morales que sólo pertenecen a las mujeres, Suzanne Françoise Cordelier, en un libro publicado en 1935 y que lleva





Entre 1918 y 1945 decae el trabajo femenino en los tradicionales sectores del textil y la confección y aumenta la proporción de mujeres en sectores nuevos. La reestructuración permite disminuir la diferencia salarial con los hombres. Grabado de Cayley Robinson, 1924, Londres. *Industria algodonera.*

por título *Femmes au travail*, invita a las mujeres a que eludan todos los campos en los que pudieran competir con los hombres. Y Gina Lombroso, a su vez, en un libro publicado en 1929, *La femme dans la société actuelle*, se pregunta si la sociedad moderna no se ha vuelto loca cuando empuja de esa manera a las mujeres a que sigan carreras masculinas, puesto que «la desigualdad no es una injusticia»[8]. Todas estas reacciones son normales para la época: traducen la difusa toma de conciencia de que es imposible conseguir en una sola generación la movilidad de clase y a la vez darse el lujo de entrar en competencia con los hombres. Comienza entonces la larga marcha de las mujeres hacia las oficinas, que se prolongará durante todo el siglo. No obstante, con el paso de los años, algunas de ellas, dotadas de un mayor capital escolar, se aventuran en las profesiones masculinas.

Tampoco la enseñanza superior, por superior que sea, escapa a la lógica de la división sexual. Si bien en la mayoría de los países se comprueba en todas las facultades, incluso las de ciencia y de derecho, una distribución más igualitaria de las mujeres que en los períodos anteriores, las estudiantes de letras son ya, con mucho, las más numerosas. Las diplomadas de la universidad acceden poco al título de profesoras, aunque son asistentes: en 1930, en España y Portugal no hay todavía ninguna mujer que enseñe en la universidad. En cambio, hay muchas en Italia, lo cual no es sino continuación de una tradición que se remonta al siglo XVIII. Una parte de las diplomadas abrazan las profesiones liberales, como medicina y abogacía.

En Alemania, en Austria y en Holanda, la cantidad de mujeres médicas aumenta con gran rapidez. Aunque no sin reticencias, la abogacía se abre a las mujeres en diversos países. La *Sex disqualification Removal Act*, de diciembre de 1919, autoriza a las inglesas a actuar como *sollicitor* (procuradora) y *barrister* (abogada a todos los efectos), mientras que la ley del 25 de mayo de 1918 y la del 11 de julio de 1922 permiten ejercer la abogacía a portuguesas y alemanas, respectivamente. Después de la sentencia del Tribunal Supremo de Turín del 14 de

noviembre de 1883, que se oponía a la inscripción de Lydia Poet en el foro, y gracias a la virulencia del movimiento feminista italiano, en 1919 la profesión termina por abrirse a las mujeres. Teresa Labriola, militante feminista, es la primera italiana que presta juramento. En cambio, en muchos países, como Francia, las abogadas no pueden ser juezas: contra ella se hace valer la incapacidad civil de las mujeres.

Los progresos de las técnicas y de la industria durante la guerra aceleran la apertura y la multiplicación de las escuelas de ingenieros. Sin embargo, en 1930, salvo Holanda, ningún país cuenta con más de 150 mujeres ingenieros. En Francia, en relación con la habilitación que les otorga el título, ejercen oficios no cualificados. Encontramos mujeres documentalistas, docentes, químicas en laboratorios de análisis, pero muy excepcionalmente en el trabajo de concepción de máquinas. Se puede tener un título superior y no ejercer jamás una profesión, caso nada extraño en esta época, dada la enorme desconfianza ante la verdadera rareza que constituye una mujer erudita. En cualquier caso, los estudios y el título facilitan al menos la homogamia profesional, y en muchos países, sobre todo en Inglaterra y en Holanda, las mujeres abandonan la profesión cuando se casan.

Vemos, pues, que en el sector servicios se establece un orden sexual que instaura una bipartición de los empleos; en las profesiones intelectuales, en cambio, el orden sexual no se impone a la profesión propiamente dicha, sino a sus jerarquías internas. Y mayor aún es su influencia sobre la autolimitación profesional de las mujeres. En efecto, las hay que, tras haber salvado todos los obstáculos del saber, no se animan a librar la batalla profesional. La ideología familiarista las mueve a buscar un compromiso entre mujer erudita y mujer de hogar, con lo que rebajan el listón de sus ambiciones para conformarse con el ideal burgués de la época, en que «la mujer ha llegado a dar a luz en cuerpo y alma», según la fórmula de Maurice Naef, consejero en los estados suizos, con ocasión del Congreso Internacional de Mujeres con Título Universitario, celebrado en 1929 en la ciudad de Ginebra. Sin embargo, a pesar de sus limitaciones, el progreso de las mujeres en la enseñanza superior en las carreras intelectuales hace correr mucha tinta. Como ya se había hecho a comienzos del siglo respecto del trabajo industrial de las mujeres, se vuelve a hablar de «oleada impetuosa», y en Francia, en *Nouvelles Littéraires* del 4 de enero de 1930, Gustave Cohen, profesor de la Facultad de Letras de París, dice lo siguiente:

> Si se me preguntara cuál es la mayor revolución a la que hemos asistido desde la guerra, respondería que es la invasión de la Universidad por las mujeres, quienes, rarísimas en este ámbito en mi juventud, hace treinta años, fueron primero un tercio, luego la mitad y finalmente dos tercios, de tal suerte que uno se pregunta con inquietud si después de haber sido nuestras amantes [*maîtresses*] no irán a convertirse en nuestros amos [*maîtres*].

«Invasión», «inquietud», «convertirse en nuestros amos»: he aquí tres expresiones que traducen claramente la mentalidad de una época en que son muy pocos los hombres y las mujeres que se dan cuenta de que progreso y segregación pueden colaborar solidariamente en la eliminación de todo peligro de competencia entre hombres y mujeres. Pero en momentos de desempleo, la política familiarista actúa con singular violencia sobre las mujeres.

Francia, debido a sus progresos en el campo de la radiología, necesita técnicos; en el centro de Arsonval se forman *asistentes* técnicos y *asistentes* para laboratorios médicos. Se permite a las jóvenes formarse, pero para ingresar en un orden jerárquico preestablecido, justamente en la rama de Marie Curie. 1943, Centro de Arsonval. Trabajos con microscopio.

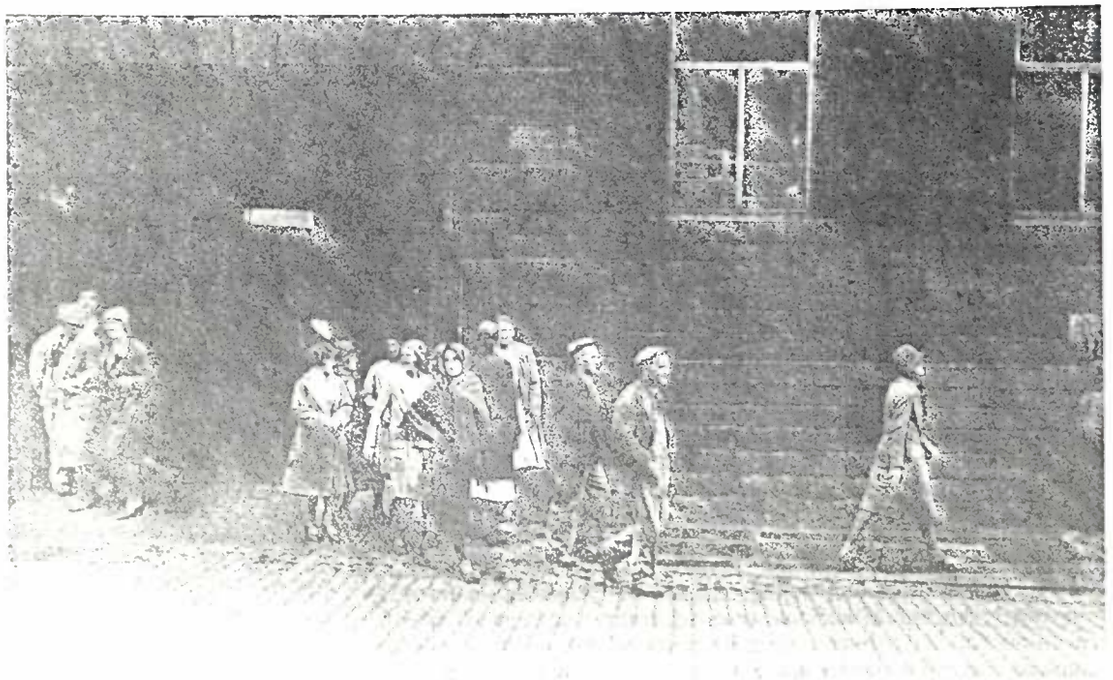
### *La hora de la verdad: el paro*

El desempleo masculino no es equivalente al de las mujeres. En todos los países de Europa, tanto en 1931 y 1932 como en 1936, el paro provocado por la crisis afecta numéricamente más a los hombres que a las mujeres, debido al desequilibrio de los sexos en el mercado de trabajo. Del mismo modo, el aumento del desempleo masculino se atribuye en todos los países a los progresos realizados por el trabajo de las mujeres, sin darse cuenta de que la lógica económica utiliza el trabajo de las mujeres como en un juego, con peones que se desplazan a merced de las crisis.

Es cierto que los hombres sufren el desempleo más que las mujeres. En Italia, durante todo el año 1931 la cantidad de parados duplica la de paradas, mientras que en Inglaterra, la diferencia de tres puntos entre el porcentaje de paro de uno y otro sexo (23,7 para los hombres y 20,4 para las mujeres) indica prácticamente su igualdad ante el desempleo. El paro femenino se debe a la naturaleza de los empleos que ocupan las mujeres. En efecto, las sucesivas crisis afectan al sector de los servicios y más todavía a los empleos industriales en los que se concentra el trabajo femenino. En cambio, el desempleo masculino es mayoritariamente industrial. En el sector secundario no es raro que se despida a obreros cualificados para reemplazarlos por obreras no cualificadas y peor pagadas. En Alemania, en el año 1931, «la ordenanza de crisis», del 5 de septiembre de 1932, tiene la finalidad de estimular el reempleo mediante la autorización a reducir los salarios en un 50 por 100 y la concesión de primas por la rehabilitación de empleos. Las industrias apelan masivamente a las mujeres sin trabajo:

> Una gran empresa metalúrgica que vuelva a dar empleo a 16 hombres y a 83 mujeres puede beneficiarse, por el efecto combinado de descenso autorizado de los salarios del conjunto del personal y el cobro de primas por 99 puestos de trabajo, con 4.752 horas de trabajo semanales con un ahorro de 94 marcos alemanes en los pagos[7].

En 1936 se recurre al trabajo a domicilio femenino o pura y simplemente al trabajo negro en el mismo momento en que se despide a una gran cantidad de obreros. Esta competencia desleal, hábilmente explotada por los patronos, mueve a muchos países a aceptar medidas que prohiben lisa y llanamente la contratación de mujeres. En Portugal, en el año 1935, esta prohibición abarca todos los sectores en los que haya un hombre inscrito en el paro. En España, en el año 1935, se prohíbe dar empleo a mujeres para trabajos que no sean agrícolas. Ese mismo año se suprimen en Austria las pensiones a las viudas que trabajan. En Irlanda, un año después, se estipula una cuota de mujeres por cada ramo industrial, que no deberá superarse bajo ningún concepto. En Bélgica en 1934, y en Grecia en 1936, se les prohíbe el acceso a las administraciones públicas. A partir del momento en que se achaca al trabajo femenino la responsabilidad del paro entre los hombres, es lógico que se trate de limitarlo. Pero las crisis económicas afectan a todos los empleos, de donde se deduce que el trabajo de las mujeres no es la causa del desempleo masculino. Prueba de ello es el caso alemán, que en 1931 y 1932 bate todos los récords europeos de desempleo; pero en los diez años anteriores, los progresos del empleo masculino fueron notablemente mayores que los del empleo femenino.



En Inglaterra, en los años treinta, el paro afecta casi por igual a los dos sexos, pero en épocas de crisis son las mujeres las que deben sufrir las consecuencias: se eliminan los subsidios de paro a las mujeres casadas, salvo que el marido sea también un parado. 1932, Inglaterra.



Si bien es cierto que los hombres se ven más afectados por el paro que las mujeres, también lo es que reciben mayor «asistencia» que estas últimas. En Austria, en 1932, se hallaba en esta situación el 83,4 por 100 de los parados, frente a sólo el 72,5 por 100 de las mujeres sin empleo, y esta diferencia es mayor aún en Francia (81,9 y 68,5 por 100, respectivamente). En 1931 y 1932, lo mismo que en 1936, las leyes sobre asistencia en este terreno prevén indemnizaciones menos elevadas para las paradas que para los parados, y excluyen de su campo de aplicación a una profesión esencialmente femenina como es el servicio doméstico. A la hora de calcular la verdadera incidencia del paro, el servicio doméstico no cuenta como oficio. Por tanto, el hecho de perderlo no acarrea ningún perjuicio. Pero no sólo esto. Las épocas de crisis son propicias para hacer aflorar los antiguos demonios. Entonces se perfilan perfectamente los objetivos: víctimas ya conocidas, las mujeres casadas; nuevas víctimas, los inmigrantes.

Al igual que las mujeres, los inmigrantes resultan al mismo tiempo beneficiosos y perjudiciales desde el punto de vista económico. Cuando se necesitan brazos, se los recluta, y cuando el mercado nacional de empleo se retrae, se los expulsa. En Francia, a partir de 1931, los polacos de las minas del norte y los italianos de las minas de la Lorena serán expulsados, o bien se verán más afectados por el paro que los mineros franceses. Aunque las repatriaciones afectan más a los hombres solteros que a los casados, no dejan por ello de amenazar a estos últimos. La esposa de un minero polaco del norte recuerda así el año 1929:

> Los tiempos difíciles comienzan con la crisis. Los salarios disminuyen, y cada vez son más los días en que no se trabaja. Por todas partes se oye decir que nos repatriarán. Y así es. Muchos ya han recibido la conminación para marcharse a Polonia. Los franceses dicen que nosotros les quitamos el trabajo. Por doquier se les oye gritar: «¡Vete a Polonia!» ¿Qué vamos a hacer?[8]

De las mujeres casadas no se dice que «quitan el trabajo», pues, para la lógica de la política familiarista, nunca debían haber trabajado. Por tanto, en época de paro son doblemente culpables. De esta suerte, la prohibición que sobre ellas pesa en todos los países no es tanto un castigo como una llamada al orden. En Alemania, la ley del 24 de enero de 1935 otorga préstamos de matrimonio a las jóvenes prometidas que abandonen el empleo, y en 1937 se prohíbe a las mujeres casadas el acceso a todos los empleos administrativos. En Holanda, se requiere a las maestras casadas para que dejen la escuela. En Francia, en Alemania, en Inglaterra o en Holanda se eliminan las asignaciones por paro a las mujeres casadas sin trabajo. El motivo confesado es que pueden mantenerse con los recursos del marido. En Gran Bretaña, la ley del 3 de octubre de 1929, ley llamada «de las irregularidades», suprime la asistencia por paro a las mujeres casadas, a menos que el marido se encuentre también sin empleo o que sea inválido. En Alemania, en el año 1937 el servicio de trabajo obliga a las jóvenes a alistarse para ayudar a las madres de familia, tanto en la ciudad como en el campo[9].

En los períodos de nacionalismo y de crisis económica, antes de que la fórmula se pusiera en boga, la consigna para los hombres era «Trabajo, familia, patria», mientras que para las mujeres se reducía al único trabajo por la patria digno de tal nombre: la familia. «Las madres-patrias del Tercer Reich»[10], a pesar de «las mujeres que dijeron no», tejieron cuidadosamente las redes del horror, cómplices también ellas de un orden que levantaba estatuas a las madres para menospreciar mejor a las mujeres. Hasta la abyección y la muerte misma dividían sexualmente a los condenados de la tierra. Desde el momento mismo en que entraban en los campos de concentración, se los enviaba a la muerte según el sexo: «las mujeres, a la izquierda; los hombres, a la derecha».

Así pues, el desempleo y su cortejo de injusticias refleja mejor, al modo de un espejo, la violencia del orden social, que se ejerce sobre los sectores más sometidos del mercado de trabajo: el de las mujeres y el de los inmigrantes.

Vemos así dibujarse el tipo ideal de mujer de este período. Ese prototipo puede resumirse en tres retratos. La jovencita escapa a su condición obrera o campesina, se hace enfermera, secretaria, se emplea en los servicios. Las mujeres casadas descubren a los hijos y redescubren los encantos del hogar. Las jóvenes de la burguesía convertidas en intelectuales negocian su título en el mercado matrimonial. Por último, el antirretrato: la obrera. Estos tres retratos evolucionarán durante el período siguiente en provecho de la empleada.

## El desencanto de los «treinta gloriosos»: 1945-1975*

Son tiempos de optimismo. La euforia brilla en todo su esplendor. Parecen justificarse todas las esperanzas. Se sale de una guerra para lanzarse a la batalla económica que debía servir a la causa de las mujeres. La fe en el progreso es inmensa en un período lleno de recursos. En efecto, en Europa, entre 1960 y 1973, el crecimiento económico medio del producto interior bruto es del 3,9 por 100 anual. Esto favorece el pleno empleo y aquieta los ánimos tras un período de desempleo. En Inglaterra, en Alemania y en Suecia, las comisiones tripartitas de sindicatos, Estado y empleadores establecen las condiciones del pleno empleo virtual. El Estado se vuelve para todos una «providencia». Efectivamente, tiene todas las cartas a su disposición: bajo precio de la energía, aumento de la productividad del trabajo, valorización de la formación y la educación, elevadas a la categoría de inversiones productivas; esto es, otros tantos factores adecuados para el relanzamiento de la economía. Es el comienzo de los años locos del consumo, verdadera locomotora de la demanda de mano de obra. Las mujeres se zambullen en este país de Jauja; se dice incluso que ya

* Para la expresión «treinta gloriosos», véase la nota 4 del artículo de Nadine Lefaucheur, en este volumen.

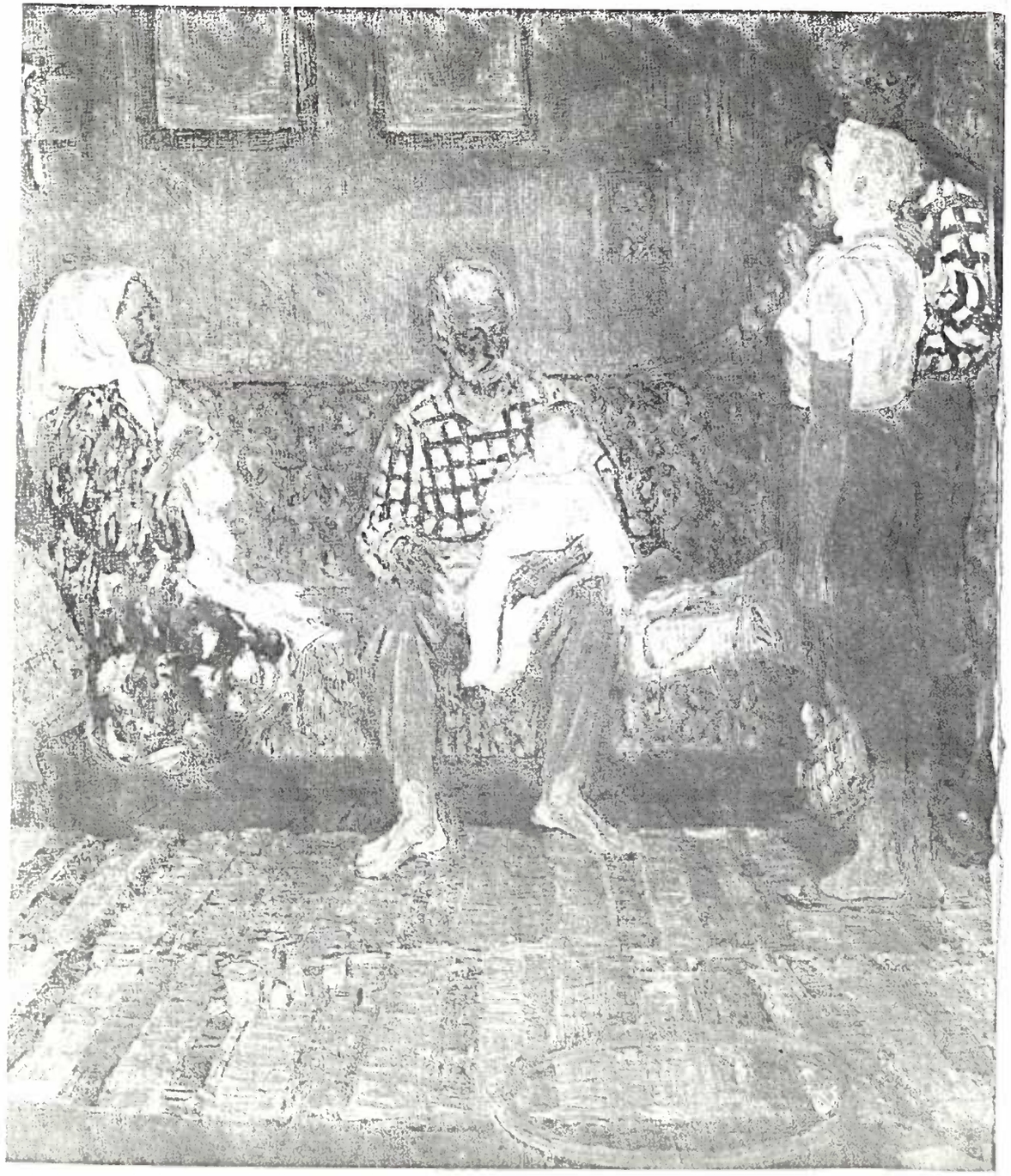
En Portugal, cuya proporción de mujeres asalariadas era menor que en los países del norte, entre 1960 y 1970 se produce un acceso masivo de mujeres al trabajo. Portugal. Trabajadoras en cadena en un taller de cerámica.

participan en la riqueza de las naciones. Claro que participan, pero muy lejos se hallan de sacar los beneficios esperados. Cada vez más integradas en el sistema educativo y en el mundo del trabajo, se ven al mismo tiempo relegadas a puestos cada vez más feminizados, esto es, devaluados, o a los niveles jerárquicos más bajos. Durante este período se asiste al patente proceso de naturalización de la división sexual del trabajo, proceso perceptible en el período anterior, pero que en ese momento se intensifica al amparo de los nuevos datos económicos.

### *La Europa de las asalariadas**

Este período está marcado por dos fenómenos capitales: en primer lugar, la reconversión de una cantidad importante de trabajadoras independientes en trabajadoras asalariadas; y en segundo lugar, la influencia de las asalariadas sobre la tasa de actividad de las mujeres. En toda Europa aumenta la cantidad de mujeres que trabajan, pero la proporción de asalariadas es mucho mayor en los países del norte que en el sur. No obstante, Italia, Grecia, España y, sobre todo, Portugal, reducen sus diferencias mediante un rapidísimo aumento de la cantidad de asalariadas entre 1960 y 1970. Este desarrollo se produce gracias a un trasvase a sus filas de efectivos del sector independiente, artesanal o agrícola. En 1946, el 41 por 100 de las francesas trabajaban en el artesanado y la agricultura; en 1975, esta proporción sólo llega al 8,6 por 100. A la inversa, la cantidad de asalariadas de la población activa femenina pasa del 59 por 100 en 1954, al 84,1 por 100 en 1975,

* «Salario» (y sus derivados) se usa en este artículo para designar: 1) paga por hora o día de trabajo (jornal), en oposición a sueldo; 2) paga que se percibe en relación de dependencia (jornal o sueldo), en oposición a las formas de remuneración del trabajo independiente. [*N. del T.*]





vuelven a la actividad profesional una vez criados los hijos. En Suecia y Finlandia las curvas en forma de «badén» indican el mantenimiento en el mercado de trabajo de las mujeres casadas y de las madres. Así, en 1975, el matrimonio es cada vez menos un obstáculo para el ejercicio de una profesión, mientras que la maternidad aún sigue siendo un factor disuasivo para las mujeres. Cuantos más hijos tienen, menos trabajan; en los países del sur, pero también en Irlanda y en Holanda, cuando son madres, se vuelven madres en el hogar. Estas evoluciones comparadas muestran que es inútil buscar una explicación unívoca que dé cuenta del progreso de las mujeres casadas en el mercado de trabajo, apelando únicamente al voluntarismo de las mujeres o tan sólo a las necesidades de mano de obra. Muchos son los factores que se entrecruzan: «el hundimiento de las bases sociales del familiarismo»[2], la socialización colectiva de los hijos, la presencia o la ausencia de guarderías o parvularios, la difusión de la mecanización de las tareas domésticas, el capital escolar de las madres y la profesión de los maridos son algunos de los factores objetivos que explican las variaciones entre los distintos países.

Pero las estadísticas se guían fundamentalmente por «la evidencia» de la distribución de tareas. Si se quiere comparar, como debe ser, el comportamiento de los padres con el de las madres, no podemos evitar la desilusión. «Espontáneamente», los niños están destinados a las mujeres, de manera que es imposible medir estadísticamente la incidencia de la cantidad de hijos sobre una carrera masculina. Sin embargo, una buena cantidad de estudios muestran que la presencia de hijos tiene consecuencias positivas sobre la promoción profesional de los hombres, mientras que sobre la de las mujeres su efecto es inverso. Además, el análisis del aumento de mujeres casadas laboralmente activas implica que se vuelve a introducir la actividad doméstica en la actividad total. En 1975, las mujeres que trabajan realizan tres veces más trabajo doméstico que los hombres. De tal suerte, las mujeres acumulan dos tipos de trabajo: un trabajo remunerado en el mercado de trabajo y un trabajo no remunerado, mientras que la mayor parte de los hombres se especializa en el trabajo profesional. Hasta en los discursos eruditos de la época se buscan explicaciones al trabajo de las mujeres, procurando mostrar a toda costa que se trata de una necesidad económica. Ahora bien, no hay ninguna encuesta de este tipo para los hombres: para ellos, el trabajo es un derecho natural, mientras que sigue siendo una anomalía para las mujeres, que son las únicas que se ven obligadas a justificarse ante los etnólogos o los sociólogos. Esto quiere decir que el discurso erudito, lo mismo que las estadísticas, pueden servir para reforzar las divisiones sexuales preexistentes en lugar de cuestionarlas. Además, durante este período, el triunfo del trabajo asalariado sobre las mujeres de hogar o sobre las trabajadoras independientes se percibe, ya en las investigaciones, ya en el movimiento social, como un paso hacia su «liberación». Nos encontramos así ante la siguiente paradoja: el análisis marxista, muy en boga por entonces, considera el trabajo asalariado como alienado, mientras que el movimiento feminista o las investigaciones sobre las mujeres conciben ese mismo trabajo asalariado como liberador. No obstante, la integración de las mujeres en la masa de trabajadores asalariados disimula los límites que el orden social impone a las mujeres, tanto en la escuela

El modelo de mujer en el hogar se tambalea, paralelamente el sector de servicios se desarrolla cada vez más y hacia allí se destinará-orientará-formará a la masa de mujeres que ingresa al mundo del trabajo.

Imagen de un grupo familiar que desaparece a lo largo del siglo: la pareja de jóvenes padres parece pronta para acudir a las obligaciones laborales mientras el hogar y el hijo permanecen al cuidado de los abuelos. D. K. Mocialskij, siglo XX. *Generaciones*. Moscú, Galería Tetriakov.

como en el trabajo. Estos límites quedan tanto más ocultos cuanto que la escuela produce en las niñas una ilusión cada vez mayor de igualdad de oportunidades con los varones.

*Explosión escolar y desilusión social*

En la actualidad, las mujeres se escolarizan para trabajar, estimuladas por las múltiples incitaciones y planificaciones que intentan adaptar los títulos a los empleos. Aunque en todos los países europeos se advierta una correlación muy clara entre la elevación del nivel escolar de las mujeres y los progresos en su tasa de actividad, el nexo entre una y otros dista mucho de ser mecánico. El ejemplo de Holanda, donde las niñas están sólidamente escolarizadas, pero donde las mujeres trabajan poco, impide toda interpretación en términos de causalidad. En cambio, la comparación entre los diplomas escolares obtenidos por las mujeres y los empleos efectivos que ocupan permite apreciar el rendimiento profesional de sus títulos y conocer sus oportunidades e inconvenientes para acceder al mundo del trabajo.

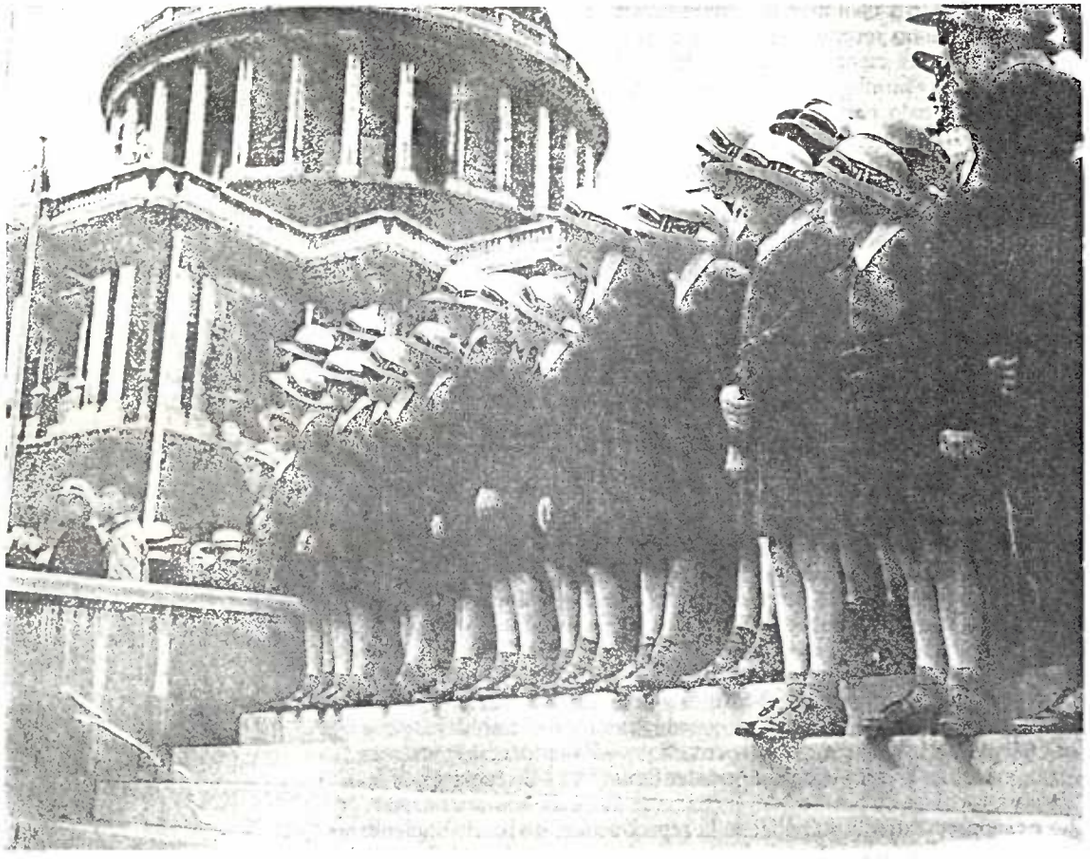
La escuela, aunque conservadora, se pretende emancipadora en el sentido en que inventa nuevas ramas que, bajo pretexto de diversificación del saber, implanta «opciones» destinadas a mantener el desfase entre chicos y chicas. Con todo, se puede hablar de explosión escolar, pues en todos los países de Europa la cantidad de niñas escolarizadas aumenta muy rápidamente, sobre todo entre 1970 y 1975. En 1970 se alcanza en Noruega la paridad entre chicos y chicas en la escuela secundaria (el 58,7 por 100 de varones y 58,2 por 100 de chicas), y en Francia (42,1 y 49 por 100, respectivamente). Entre los años 1970 y 1975, los efectivos femeninos aumentan más rápidamente que los efectivos masculinos, particularmente en Dinamarca, España, Suecia y Portugal, mientras que en Francia y en Alemania, durante el mismo período, los varones aumentan con mayor rapidez que las niñas. En cambio, el acceso a la enseñanza superior continúa siendo más improbable para las chicas que para los chicos: en efecto, se observa una pérdida de efectivos entre la cantidad de tituladas de enseñanza secundaria y el número de estudiantes universitarias. Durante el año escolar 1964-1965, todos los países, salvo Luxemburgo, presentan una diferencia de treinta puntos entre estudiantes varones y estudiantes mujeres, mientras que en Holanda, aquéllos duplican a éstas. En los países del sur, el aumento de la cantidad de varones es mayor que el de mujeres, salvo en Portugal (6,1 por 100 para ellos frente al 4,3 por 100 para ellas entre 1970 y 1975), mientras que en Alemania, Austria y Bélgica la evolución es idéntica para estudiantes de ambos sexos, lo que consolida la diferencia anterior. Ante esta «democratización sexual», la escuela al mismo tiempo promueve y desclasa, en la medida en que modela a las niñas en función de los destinos profesionales probables, es decir, femeninos. Al hacer propias las divisiones del mundo social y traducirlas en divisiones escolares, la escuela crea «caminos reales», pero engañosos, en los que se hunden las jóvenes. En Francia, la habilitación de muchas ramas para el bachillerato tiene como consecuencia canalizar a las chicas hacia las ramas F y G (ciencias médico-sociales y técnicas administrativas, secretariado) y a los varones hacia las ramas C y M (matemáticas y ciencias físicas, y matemáticas y técnicas). En 1975, entre todos los candidatos al bachillerato de estas últimas ramas, el 33,8 y el 4,2 por 100, respectivamente, eran chicas.



Lo mismo ocurre en todas las universidades europeas: las mujeres predominan en las secciones de lenguas, letras, pedagogía y psicología, mientras que las ciencias y las matemáticas siguen siendo terreno exclusivo de los hombres. Con las distinciones escolares entre chicas y chicos de acuerdo con la naturaleza de los estudios se acentúan los desfases en los respectivos niveles de formación. Tanto en la enseñanza técnica como en la general, las jóvenes acceden en menor cantidad que los varones a los niveles superiores (tercer ciclo, nivel técnico superior, etc.). Una encuesta de la UNESCO del año 1967 indica que en Alemania, Finlandia, Francia, Italia, Noruega, Holanda y Suecia, el matrimonio sigue siendo la principal causa del abandono de los estudios en las mujeres, aun cuando haya otras dificultades que estrechan el horizonte escolar de las chicas.

Si bien en 1975 se alcanza en muchos países la paridad escolar entre los sexos en el nivel secundario, y si bien las chicas obtienen en este ciclo tantos títulos como los varones, a menudo este título marca para ellas el punto final de su carrera escolar, mientras que para ellos es un trampolín para lanzarse a los estudios superiores. Además, el valor de los diplomas ya no es el mismo que en la etapa precedente. En Francia, por ejemplo, en 1964, por primera vez, la cantidad de chicas que se gradúan como bachilleres es mayor que el de varones, pero el bachillerato proporciona cada vez menos oportunidades de acceder a las mismas posiciones que en el período anterior. Las chicas, por tanto, obtienen más títulos que antes, pero sus títulos tienen menos valor, cuando no son directamente inútiles para las nuevas circunstancias. Por ejemplo, en 1956, en Francia el 46 por 100 de las alumnas de centros de formación profesional siguen aprendiendo a coser en un momento en que las industrias textiles y del vestido se encuentran en franco retroceso. Naturalmente, son cada vez más las «herederas» que se codean con los «herederos»[13], pero las grandes tendencias europeas están marcadas por un horizonte escolar limitado a la escuela secundaria para las chicas y por una devaluación de las secciones feminizadas. La escuela desempeña su papel en la reproducción de las distinciones sociales entre los sexos. Las divisiones escolares, sumadas a las herencias educativas familiares, modelan las mentalidades de las hijas de tal suerte que éstas «eligen» las ramas feminizadas. El resultado más sutil y más violento de la dominación masculina en el sistema escolar estriba en hacer que las más desprotegidas realicen las elecciones que presiden su propia devaluación. Pero pruebas más difíciles todavía esperan a las chicas al terminar la escuela, a la hora de hacer valer sus títulos en el mercado de trabajo.

Teniendo en cuenta los títulos, ya es de suponer qué clase de empleos ocuparán las mujeres. En efecto, lo más probable es encontrar a las mujeres en posiciones profesionales homólogas a las disposiciones dadas en la escuela. El nivel escolar tiene tres consecuencias principales sobre la inserción de las mujeres en el mundo del trabajo: estimula el ingreso o el reingreso en una actividad profesional, permite a las chicas con titulación superior integrarse en profesiones masculinas y da pie a una variedad de utilizaciones profesionales de un mismo título. En muchos países, la tasa de actividad profesional de las mujeres aumenta a medida que se eleva el nivel escolar. Cuantas más son las tituladas universitarias, más mujeres hay que trabajan, mientras que



¿Cuántas de estas niñas ingresarán en un centro de estudios superiores y a cuántas el diploma les permitirá acceder a la competencia laboral y abandonar la simbólica *acera*?

para los hombres la tasa de actividad es independiente de su nivel escolar. En 1971, según se considere el nivel primario o el superior, la variación de la tasa de actividad para las mujeres es respectivamente de 48,3 y 74,9 por 100 en Austria, 58,6 y 86,7 en Suecia, 28,6 y 69,3 en Francia. Por el contrario, en Austria, el 97,3 por 100 de los hombres con escolaridad primaria trabajan, frente al 94,5 por 100 de los titulados universitarios. Para las mujeres, superar un nivel de instrucción es liberarse de las cargas del hogar para ejercer una profesión.

Pero, si bien la instrucción ejerce un efecto de censura que limita las posibilidades de empleo en los sectores feminizados, los cuales, por ello mismo, se feminizan aún más. En toda Europa, las mujeres están particularmente representadas en el sector terciario, sobre todo en el comercio, la banca, los servicios a la colectividad y a los particulares, mientras que siguen siendo una muy pequeña minoría en las industrias manufactureras y extractivas, en la construcción, las obras públicas y los transportes. En Francia, en el año 1968, los servicios médicos y sociales, ya feminizados en un 80 por 100, siguen atrayendo a las mujeres. La concentración de mujeres en las oficinas se acentuó igualmente en Suecia y en Francia, mientras que en Alemania hay más mujeres en el comercio. Para las mujeres que escapan a los empleos feminizados y que ejercen una profesión masculina, el desfase no se produce en función de la profesión misma, sino de la jerarquía en el seno de la profesión, de acuerdo con la distinción entre puestos de dirección y puestos de ejecución. Si en toda Europa, y sobre todo en Europa del norte, aunque también en España, aumenta la cantidad de mujeres que ocupan puestos en los cuadros medios y superiores, como las mujeres ingenieros, esa cantidad sigue guardando todavía una notable disimetría en relación con los hombres. La escasez de mujeres en los cuadros medios basta para explicar su casi total ausencia en los cuadros superiores, pues no están en condiciones idóneas para ser promovidas a estos últimos. Así y todo, las que llegan a este nivel no tienen las mismas responsabilidades que sus colegas masculinos. Una investigación realizada en 1964 en ocho empresas inglesas y una investigación de 1970 en cuatro regiones francesas muestran por igual las reticencias y las resistencias de la patronal a promover a las mujeres a puestos de dirección. Nadie puede ni siquiera concebir la idea de que una mujer dirija a un equipo de hombres. Lo mismo ocurre en el sector público, que es el que más mujeres cualificadas emplea, y donde éstas se estancan en los escalones intermedios. En Francia, en 1974, el 65 por 100 de los agentes de categoría C y el 58 por 100 de los de categoría B son mujeres a las que raramente benefician las promociones a los grados superiores de su categoría, y menos aún una promoción a la categoría A. Si bien en todos los países de Europa el cuerpo de docentes de enseñanza primaria y secundaria se va feminizando a partir de 1965, es fácil advertir que este proceso es mucho más acusado cuanto más bajos son los niveles. En cambio, para la Francia de 1975, la tasa del 55 por 100 de profesoras que enseñan en liceos indica el progreso escolar de las mujeres, pero también oculta el hecho de que la proporción de docentes que dejan la enseñanza media por la superior es mucho mayor entre los profesores que entre las profesoras. La elevación general del nivel de formación para ambos sexos deja más desprotegidas que antes a las mujeres sin titulación, puesto que para el período 1963-1973, las categorías socioprofesionales en expansión son las que necesitan más formación. De esta manera, vemos cómo se ahonda aún más la brecha entre las mujeres cualificadas y las mujeres sin formación. En Francia, entre 1954 y 1974, el porcentaje de mujeres que ejercen empleos no cualificados aumenta más que el de los hombres: en 1968, el 78 por 100 de las mujeres que trabajan en la industria son obreras, frente al 52 por 100 de los hombres.

Se observa, pues, una correlación entre la distribución de las chicas en el sistema escolar y sus posiciones profesionales. Con todo, el mundo del trabajo agrega sus propios efectos distintivos a los que ya ha establecido la escuela, de manera que las diferencias sexuales cristalizadas en las estructuras e incorporadas en las mentalidades parecen tanto más naturales cuanto menos se percibe la casi incesante construcción social de las que proceden. Pero el ritmo de la segregación no avanza siempre con suficiente rapidez. Entonces se producen los zarpazos discriminatorios tendentes a relanzar la dinámica, de tal forma que la competencia con armas iguales resulte imposible.

*Una competencia abortada*

El problema por resolver es el siguiente: ¿cómo integrar a las mujeres en el mundo del trabajo, pero sin dejar por ello de distinguirlas profesionalmente de los hombres? La respuesta parece hallarse en la existencia de ramas de empleo feminizadas. Pero sería un error conformarse con eso y creer que la división sexual del trabajo sólo es una simple división del trabajo sexuado. Lo fundamental de la división sexual del trabajo es que concentra en sí misma una violencia simbólica cuyos efectos deben intensificarse a medida que uno se acerca a una competencia cuasi perfecta entre hombres y mujeres. La lógica que la preside es muy simple: se trata de marcar a toda costa una diferencia allí donde no la hay.

Entre 1945 y 1975 se asiste en todos los países a una proliferación de leyes, reglamentaciones, decretos nacionales e internacionales que proclaman el derecho a igual salario por igual trabajo[14]. Sin embargo, la diferencia entre los salarios masculinos y los femeninos se mantiene, a pesar de que a partir de 1968 se reduce, para llegar a ser, en 1975, de entre el 25 y el 35 por 100, según los países. Esta diferencia se deduce con toda coherencia de las posiciones ocupadas por las mujeres en los empleos. La concentración de las mujeres en los empleos feminizados —por tanto, peor remunerados—, su acceso más raro a los niveles jerárquicos superiores, su menor cualificación, todo ello basta para explicar el mantenimiento de la diferencia entre los sueldos de hombres y de mujeres. Si explicamos una cosa con la otra, las desigualdades salariales serían mero producto y puro reflejo de la diferencia de posiciones profesionales.

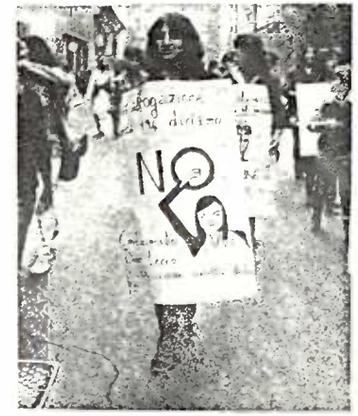
Pero si no se da un paso más, ¿cómo se explica el salario desigual por igual calificación e igual trabajo? En efecto, se observa que la diferencia de las remuneraciones aumenta con la edad y la cualificación. Consideremos el ejemplo de la Francia de 1970. Una titulada y un titulado de enseñanza técnica media, ambos de cuarenta y cinco años de edad, registran una diferencia del 46 por 100 en sus remuneraciones, diferencia que a los sesenta años llega al 56 por 100. A los cuarenta y cinco años, una titulada superior percibe el 43 por 100 menos que su colega masculino, y el 53 por 100 cuando ambos llegan a los sesenta años. A la edad en que se ha adquirido una amplia experiencia profesional, el salario no tiene en cuenta esta experiencia en el caso de las mujeres, pero sí en el de los hombres. Se puede objetar que estas diferencias son imputables a los respectivos empleos. Pero si se examinan las disparidades de salarios en los bancos, las compañías de seguros, el comercio, a igual cualificación e igual jerarquía se observa cómo aumenta la diferencia de remuneraciones entre hombres y mujeres. Además, cuanto menos cualificado sea el cargo que se ocupa, es decir, en los niveles más bajos de la jerarquía, más se acorta la distancia; y a la inversa, cuanto más importante es el título que se posee y más se sube en la escala jerárquica, tanto más se ahonda la diferencia de remuneración según el sexo. Para los empleados poco cualificados de la banca el nivel salarial es de 103,9 (base = 100 para las mujeres) y de 112,7 en el comercio, mientras que para los cuadros superiores se eleva a 137,5 en la banca y a 142,0 en el comercio. Cuanto más ejerza una mujer una carrera de perfil masculino, más se la penaliza en el salario. A partir de este ejemplo se podría llegar a creer que la igualdad tiende a realizarse en los niveles más bajos de la jerarquía. El análisis de las remuneraciones de las obreras prueba que también en ese caso la imaginación se halla en el poder. En el trabajo industrial, las obreras que trabajan en los talleres formados únicamente por mujeres tienen los salarios más bajos. Por el contrario, en los talleres exclusivamente masculinos, los hombres tienen los salarios más altos. En los talleres mixtos, las obreras ganan más que las trabajadoras del primer grupo, y los obreros menos que los del segundo grupo. La feminización de un empleo es fatal para el salario cuando su masculinización le da una plusvalía. Sin embargo, en los talleres mixtos, a igual trabajo e igual cualificación, se gratifica o se desclasa a través de las modalidades de remuneración. Con el argumento de que a las mujeres las estimula más el salario a destajo que a los hombres, los patrones pagan a estos últimos un jornal por un tiempo determinado de trabajo, mientras que a aquéllas les pagan por cantidad de trabajo. Un empleador confiesa:

> Las mujeres de las prensas hacen el mismo trabajo que los hombres, pero no podemos pagarles en la misma proporción, pues terminarían por ganar mucho más[15].

En otra empresa, en donde las tareas son rigurosamente las mismas, el jefe de taller asigna a los hombres la manipulación de las piezas pesadas y a las mujeres los trabajos que exigen más rapidez, con el fin de justificar la diferencia de salarios: «Es necesario encontrar una manera de pagar más a los hombres»[16]. En este caso se comprueba que la fuerza física es uno de los criterios de cualificación, mientras que la rapidez de ejecución queda excluida de estos criterios. Todas estas prácticas inventan distinciones allí donde hay equivalencia.

Cuando los empleos son mixtos, interviene la lógica social discriminatoria para frustrar todo intento de paridad de hombres y mujeres. Un buen ejemplo de ello es el trabajo a tiempo parcial. En efecto, esta modalidad de trabajo tiene la ventaja de ofrecer un pretexto para la diferencia de salarios, permitir a las mujeres ser a la vez madres en el hogar y trabajadoras, aliviar la masa salarial de las empresas y asegurar un margen de maniobra entre la oferta y la demanda de empleo. Aun cuando este período no sea todavía la edad de oro del trabajo a tiempo parcial, en 1975 afecta ya al 10 por 100 de los empleos europeos y entre 1973 y 1975 aumenta sensiblemente. Ahora bien, el trabajo a tiempo parcial —en todos los países, salvo Italia— es un trabajo femenino. El Reino Unido, Alemania y Dinamarca tienen a la vez el índice de trabajo parcial más elevado y el porcentaje más importante de mujeres en este tipo de empleo. En 1973, el trabajo a tiempo parcial representa el 10,1 por 100 de los empleos en Alemania y el 16,0 por 100 en Inglaterra, con una proporción de mujeres del 89 y del 90,9 por 100, respectivamente. Se observa con toda claridad la correlación entre la extensión del sector terciario y el desarrollo del trabajo a tiempo parcial, en particular en el caso de los empleos de servicio, tales como limpieza, restauración y mantenimiento. En la Francia de 1971 a 1975, el trabajo a tiempo parcial aumenta tanto para los hombres como para las mujeres, pero la diferencia entre ambos es de uno a cinco (1971: 1,7 por 100 de hombres frente al 13,1 por 100 de mujeres; 1975: 2,9 por 100 de hombres frente al 16,3 por 100 de mujeres). Se






En un período en que abundan las leyes de protección a la mujer, las desigualdades laborales y la desvalorización de la formación y experiencia femenina se mantienen, a veces reinventadas bajo nuevas fórmulas.

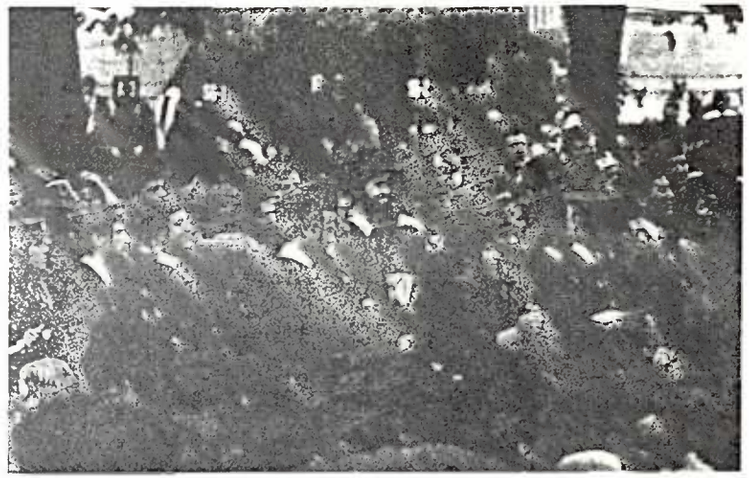
comprenden así las razones del aumento de la actividad femenina: en Francia, entre 1968 y 1975, se debe sobre todo al trabajo a tiempo parcial, último brote legal de la devaluación profesional de las mujeres. Trabajo truncado, sin perspectivas de promoción, el trabajo a tiempo parcial reúne ambos polos de la actividad de las mujeres: la familia y el trabajo, pero, por otro lado, impide el enfoque de un oficio con la perspectiva de una carrera profesional. Se vuelve a utilizar la familia contra el trabajo y se sustituye la tradicional división sexual del trabajo por una división sexual del tiempo de trabajo: el tiempo completo para los hombres, el tiempo parcial para las mujeres. Este trabajo engañoso evita, pues, toda competencia.

Empleos femeninos, tiempo parcial, promociones improbables, todo ello conduce con frecuencia a la conclusión de que hay dos mercados de trabajo independientes: uno masculino, cualificado y bien considerado; y otro femenino, subcualificado, mal pagado y devaluado. Ahora bien, la teoría dualista del mercado secundario legitima la división sexual del trabajo al asignarle naturalidad económica. Al teorizar una comprobación empírica y morfológica, olvida que esta dualidad es el producto de una construcción social y política que constantemente inventa y reinventa nuevas prácticas distintivas. En realidad, se trata del mismo mercado de trabajo en el que los nuevos datos económicos organizan sutilmente las asimetrías. El recurso a la teoría dualista del mercado supone impedir, por una parte, percibir e interpretar cómo la penetración de las mujeres en el mercado «primario» masculino tiene como efecto inmediato la intensificación de las discriminaciones, y, por otro lado, estar ciego ante la función social del efecto de división que esta teoría legitima: la reactualización sin tregua de las divisiones sexuales. Pero la invención del trabajo a tiempo parcial, instrumento económico e instrumento de segregación sexual, constituye una eficacísima preparación del futuro.

## El arte de sacar provecho de la división sexual: 1975-1990

Es una época de conmociones. Todo se sale de quicio. Al armonioso orden económico de los años gloriosos sigue una coyuntura marcada por una creciente ralentización entre 1975 y 1980 y luego, en 1986, por un periodo de decrecimiento. La economía está enferma a causa de su expansión. El precio de la fuerza de trabajo es muy elevado en relación a su productividad, el sector de los servicios se desborda y se atasca, la renta nacional disminuye, las inversiones son más lentas y frías, la inflación y el desempleo van de la mano. Por doquier se ponen en práctica políticas de austeridad y de lucha contra la inflación. Se trata al mismo tiempo de aportar remedios y de inculcar a los espíritus reacios la buena lectura de la ordenación. Entre las medidas que se toman, el trabajo es el primer objetivo. Restricción del empleo, adaptación de la demanda a la oferta, distribución del trabajo, son los remedios. Movilidad, flexibilidad, reconversión, reciclaje: he ahí una semántica adecuada para forjar una nueva perspectiva de lectura. Es





Igualdad de oportunidades escolares sí, pero luego la orientación hacia ramas nobles o devaluadas perpetuarán las desigualdades y como en la imagen pocas serán las que podrán romper las barreras. 1989, Massachusetts. Inauguración del curso de 1989 en la Universidad de Harvard.

menester introducir la flexibilidad en sustitución de la rigidez del mercado de trabajo y la de los hábitos fosilizados, y comenzar a cambiar el concepto mismo de trabajo: cambia de naturaleza, cambia de nombre y se llama empleo voluntario. En el período precedente, el trabajo ya había empezado a quebrarse, pero en ese momento cae hecho trizas: es precisamente lo que se conoce como segmentación y fragmentación del mercado de trabajo. Para segmentar y fragmentar no hay nada más eficaz que recurrir a la división sexual del trabajo. En efecto, ha llegado la hora de hacerle desempeñar toda su función, de erigirlo al rango de propiedad actuante, de extraer de él todo el provecho que es capaz de obtener una gestión racional de la mano de obra. La división sexual se convierte en una de las palancas de la flexibilidad del trabajo, en uno de los elementos constitutivos de la eficacia económica, en el principio motor de la atomización de los empleos. Sacar partido de la división sexual del trabajo es ante todo continuar consolidando la desigualdad de las oportunidades escolares.

*La construcción escolar de las diferencias*

Después de la proclamación del año 1975 como año internacional de las mujeres, ni las declaraciones, ni las relaciones, ni las leyes y tomas de posición nacionales e internacionales a favor de la igualdad de oportunidades escolares para ambos sexos cuentan ya si no van unidas a una nueva cláusula: la igualdad de acceso a las enseñanzas del mismo valor. Estas leyes consensuales y estas recomendaciones, sin embargo, dejan campo libre al trabajo subterráneo de las desigualdades. El problema no reside ya, como en los períodos anteriores, en la tasa de escolarización de las niñas, sino en la reproducción de las diferencias escolares y la inadaptación de las cualificaciones y de los títulos a las exigencias del mercado del empleo.

El progreso de los efectivos femeninos en la enseñanza secundaria y en la enseñanza superior, así como la cantidad creciente de mujeres que estudian en las ramas consideradas masculinas, fundan «razonablemente» la ilusión de una igualdad de oportunidades. Pero las cifras

desmienten rotundamente esta esperanza de igualdad. A medida que se eleva la tasa de escolarización, la feminización de las ramas crece como una bola de nieve. Las jóvenes generaciones, lo mismo que las anteriores, se orientan hacia las ramas ya feminizadas. En las universidades de todos los países, las ramas preferidas siguen siendo las letras, las lenguas, la farmacia y, en menor medida, la medicina. En 1966, el 66 por 100 de las estudiantes noruegas que preparaban el Atrium se hallaban en la sección de lenguas; en 1980, llegan al 84,5 por 100. En Suiza, en 1975, el 53,9 por 100 de las estudiantes optan por las disciplinas literarias, mientras que en 1982 esa proporción asciende al 60 por 100. En Francia, las estudiantes están abrumadoramente representadas en letras, farmacia, administración económica y social, y experimentan grandes progresos en medicina (43,8 por 100 en 1985). La atracción que las ramas feminizadas ejercen sobre las chicas, cuya influencia es mayor en la medida en que la institución escolar se esfuerza en favorecer las expectativas probables, desembocan en la persistencia de las diferencias entre ramas nobles y ramas devaluadas. Los progresos de las mujeres en los estudios técnicos y científicos tampoco altera fundamentalmente las diferenciaciones entre las ramas. Las mujeres siguen siendo minoritarias en los estudios de ingeniería: 7,3 por 100 en Bélgica en 1982, 10 por 100 en Alemania en 1981, 10,3 por 100 en Suiza en 1983 y 5,5 por 100 en el Reino Unido. En Francia, los institutos universitarios presentan una forma típica de la distribución escolar por sexos: en 1985, las carreras de la información y las carreras sociales concentran el 77,2 por 100 de estudiantes mujeres, mientras que sólo el 3,5 por 100 de chicas siguen cursos de ingeniería mecánica o de ingeniería civil. De la misma manera, las escuelas de formación de bibliotecarias forman sobre todo a chicas (72,3 por 100), mientras que las de Artes y Oficios sólo cuentan con el 1,2 por 100 de mujeres. Así, el carácter mixto de los liceos, las universidades y los títulos, lo mismo que el aumento de los efectivos en la enseñanza secundaria y superior, no llevan a una enseñanza de valor igual, sino más bien a la perpetuación de ramas distintivas. La escuela en su conjunto, lejos de oponerse a la segregación sexual, la estimula a través de las ramas, traducciones escolares de los estereotipos predominantes en la sociedad.

En efecto, debemos cuidarnos de imputar demasiado rápidamente la devaluación de una rama al hecho de su feminización, pues la escuela cambia sus criterios de elección de las materias nobles. En otros tiempos, las humanidades eran prestigiosas, mientras que hoy en día las matemáticas y las ciencias exactas son las que dividen las aguas entre los elegidos y los relegados. Esta redistribución de los sexos entre ramas y no ya entre establecimientos se suma a la devaluación de los títulos. Esta afecta tanto a las chicas como a los chicos, pero con igual titulación, las chicas acceden menos que los varones a las profesiones superiores. En Francia, de la totalidad de los titulados del ciclo superior, llega a ocupar puestos directivos el 62 por 100 de los varones en 1977 y el 77 por 100 en 1985, mientras que en las mismas fechas, el porcentaje de mujeres de ese mismo nivel permanece sin alteración alguna (46 por 100). De la misma manera, en 1985, el 40 por 100 de las tituladas del ciclo superior se encuentra en las «profesiones intermediarias», frente al 20 por 100 de varones. Así, al regresar de la

A pesar de la coyuntura difícil las mujeres se mantienen en el mundo del trabajo, pero sutiles formas, como el trabajo temporal, siguen marcando la precariedad, descualificación y limitación a la hora de los ascensos. Industria Textil.

escuela, es muy raro que las chicas y los chicos se lleven el mismo diploma; y aun cuando lo tengan, los valores de uno y otro difieren en el mercado del empleo. La cuestión, por tanto, ya no consiste, como en los períodos precedentes, en obtener un título, sino en conocer la naturaleza de ese título y su rentabilidad en el mercado laboral. Pero la satisfacción que rezuman los discursos sobre los progresos numéricos de las mujeres con titulación dejan en la sombra a la devaluación de los títulos que obtienen las chicas y su relegación profesional. Tal es el caso, sobre todo, de las muchachas y de las mujeres de origen modesto sin cualificación o poseedoras de un título no profesional. Para ellas, lo mismo que para las mujeres casadas que, una vez criados los hijos, desean volver a trabajar, se inscriben en cursos de reciclaje o de reconversión destinados a adaptar sus competencias y sus conocimientos a la evolución estructural y técnica de los empleos.

Se comienza a dudar de que la escuela sea capaz de formar trabajadores cualificados. Cada país echa cuentas y comprueba la escasez de mano de obra especializada. Los Estados realizan acuerdos con los empleadores a fin de poner en práctica planes de formación continua, contratos de empleo-formación, períodos de prácticas profesionales destinados a recualificar la mano de obra y prepararla para la movilidad. Toca entonces a las escuelas el turno de la recuperación y el reciclaje, lo que pone en alza una nueva profesión: la de formador. Se asiste así a una atomización de prácticas profesionales, de formaciones a la carta, en que se supone que cada uno encuentra lo que necesita. Para las mujeres se instituyen períodos de práctica profesional, reciclaje, formación en materia de gestión, todo ello en horarios variables. En 1982 se abre en el Reino Unido un instituto técnico, el *Open Tech*, ejemplo de la instauración de fórmulas diversificadas que proporcionan formaciones a tiempo completo y a tiempo parcial. En 1985, Bélgica lanza un proyecto para formar a las mujeres en funciones de dirección en empresas pequeñas y medianas. Si bien el objetivo de la formación continua es en todos los países la compensación de las desigualdades sociales y de las desigualdades sexuales, los balances que se han realizado muestran que beneficia ante todo a quienes —hombres o mujeres— tienen una formación previa. A falta de remuneración integral de los permisos para prácticas de capacitación, son muy pocas las mujeres que pueden salir de ellas con un diploma que les ofrezca probabilidades de una verdadera promoción profesional. Sin embargo, la formación continua tiene como consecuencia principal la de constituir la polivalencia en competencia social y técnica, preparar cuerpos y mentes para el trabajo fragmentado, inculcar otra visión del trabajo, en que la alternancia entre empleo y formación y entre formación y desempleo sustituye a la secuencia formación-empleo. A la atomización de las formaciones corresponde la fragmentación de los empleos.

*Una nueva modalidad de empleo*

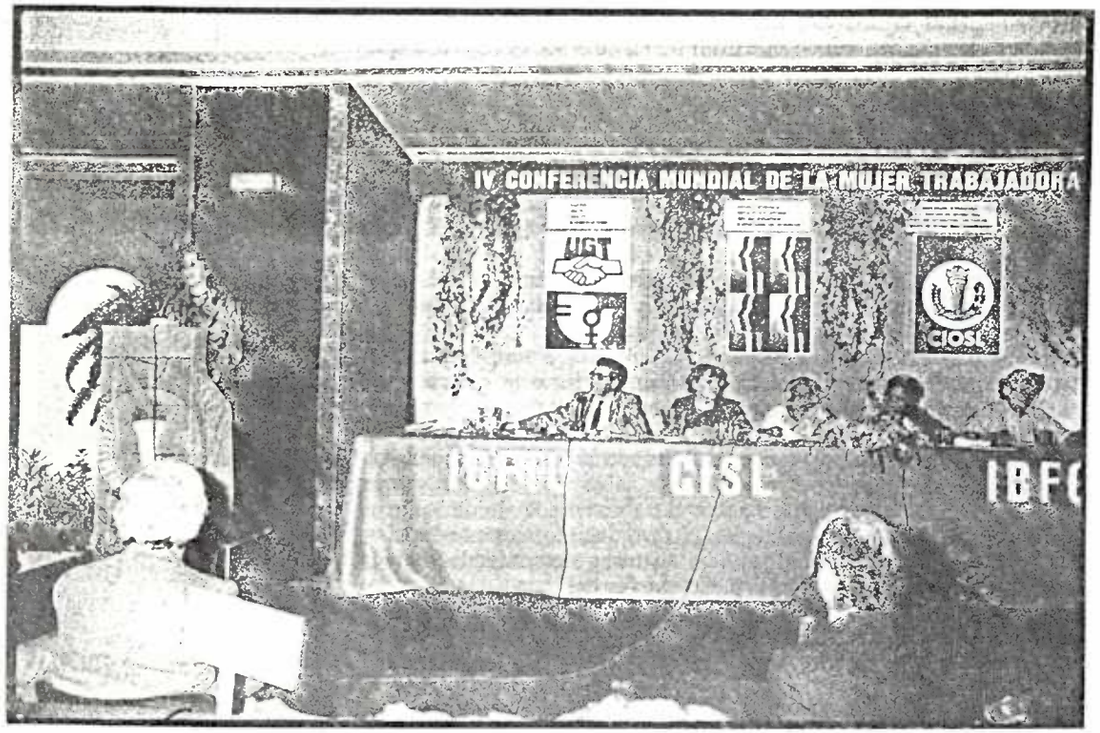
En período de recesión y de paro, muchos países de Europa tratan de mejorar su competitividad mediante la contención de los salarios. Se considera que la mano de obra inadaptada, demasiado cara y demasiado rígida lleva a una petrificación del mercado de trabajo a través de políticas sindicales anquilosadas. Es necesario inventar nuevas formas de empleo y distribuirlas entre las distintas categorías de mano de obra, apelar a las reservas subutilizadas; en resumen, hay que instaurar

la era de la flexibilidad del trabajo. Para introducir flexibilidad allí donde domina la rigidez, se ha recurrido precisamente a las mujeres, entre otras recetas.

La división sexual del trabajo es el fundamento mismo de la gestión diferenciada de la mano de obra por parte de las empresas. Se ha tomado nota de la realidad estadística y de la voluntad de las mujeres de trabajar; ahora se trata de advertir que esta división sexual del trabajo sirve eficazmente a la causa de la flexibilidad. El plan no deja de ser algo temerario en tanto que, entre 1975 y 1983, la tasa de actividad de las mujeres aumenta en toda Europa, pasando del 45,7 al 48,7 por 100, mientras que para los hombres disminuye en cinco puntos. A pesar de la recesión y no obstante el paro, las mujeres se mantienen en el mercado de trabajo. Para explicar esta resistencia se invoca un conjunto de razones que, desde luego, ejercen su influencia: aumento del nivel de instrucción, aumento de los empleos públicos, nuevas actitudes ante el matrimonio y el divorcio, escolarización infantil más precoz, difusión del modelo positivo de la mujer que ejerce una profesión. En última instancia, parece ser que, a pesar de todo, el aumento de la actividad de las mujeres se debe al incremento de la cantidad de empleos precarios, ya sea que lleven la denominación de trabajo a tiempo parcial, trabajo negro, trabajo a domicilio, trabajo interino o períodos de prácticas de formación-empleo.

Desde 1973, y sobre todo desde 1981, las empresas mantienen una política deliberada de empleos a tiempo parcial con el propósito de disminuir los costes de mano de obra. Entre 1973 y 1986, la proporción del empleo a tiempo parcial en el conjunto del empleo femenino aumenta en todos los países de Europa, salvo Grecia, Italia, Finlandia e Irlanda. En 1986, tanto en los países escandinavos como en el Reino Unido, del 40 al 45 por 100 de las mujeres activas trabajan a tiempo parcial, mientras que en Bélgica y en Francia esa proporción llega al 25 por 100, y en Alemania al 30 por 100. En la misma fecha, el trabajo a tiempo parcial está feminizado en un 90 por 100 en Bélgica, el Reino Unido y Alemania; en Dinamarca, Noruega, Suecia, Francia y Luxemburgo, la proporción de mujeres en el total del trabajo a tiempo parcial llega al 80-90 por 100. En Francia, entre 1982 y 1986, únicamente el aumento del trabajo a tiempo parcial ha permitido el progreso del empleo femenino. Se advierte, pues, que el aumento de la cantidad de mujeres activas de Europa sólo es posible por el crecimiento de los empleos a tiempo parcial. El trabajo parcial no ha cambiado de rostro desde el período precedente: mantiene la misma precariedad y descualificación. No da acceso a una formación continua con vistas a una carrera profesional; limita con gran rigor el horizonte profesional, pues las promociones son muy escasas; cuenta con menos protección social, pues en algunos países el régimen de jubilación no cubre el trabajo a tiempo parcial; está peor pagado; no asegura la estabilidad del empleo, pues a menudo las primeras despedidas son las trabajadoras a tiempo parcial. Si se compara la edad de los hombres y de las mujeres que trabajan a tiempo parcial, se advierte que los hombres son ya mayores, mientras que las mujeres se hallan en pleno período de actividad. Para los hombres, el trabajo a tiempo parcial es una prejubilación disfrazada, mientras que para las mujeres es un semitrabajo. Además, la práctica de dar a las mujeres trabajo a tiempo parcial acentúa la división sexual de los empleos al concentrar a las mujeres en una opción cada vez más reducida de profesiones en el sector terciario, que progresa gracias al trabajo a tiempo parcial. Trabajo de las mujeres, inventado específicamente para ellas, el trabajo a tiempo parcial suele presentarse como una elección, cuando es por encima de todo una imposición. En efecto, una buena cantidad de investigaciones muestra que únicamente una tercera parte de las mujeres desea un trabajo a tiempo parcial, mientras que el resto aclara que es la necesidad quien escoge por ellas[7]. Por tanto, no cabe duda de que se trata de una forma de subempleo. So pretexto de incitación al aumento de cantidad de empleos para las mujeres, el trabajo a tiempo parcial refuerza el carácter sexual —es decir, no mixto— de los empleos y, a la vez, legitima el empleo contra la profesión. No sólo cumple esa función de trabajo de zapa en relación con el derecho de las mujeres a una profesión a tiempo completo, sino que, además, las formas de trabajo precario son sumamente eficaces. Por ejemplo, se renueva el trabajo a domicilio. Nunca había desaparecido del todo en su forma tradicional, pero en ese momento rejuvenece y renace bajo formas modernas. Así como, a finales del siglo XIX, la máquina de coser había favorecido el trabajo a domicilio, hoy la telemática facilita el trabajo desde el domicilio: es la invención del teletrabajo. En su afán de reducir los costes salariales, las empresas dejan de albergar bajo su techo determinado tipo de trabajos que pueden efectuarse en el domicilio del trabajador: mecanografía, redacción de discursos, corrección de manuscritos, todo eso se realiza a domicilio. La banca, las empresas de seguros y los grandes almacenes instalan cada vez más terminales en las casas de los empleados, a fin de aprovechar mejor los horarios de las redes informáticas y, al mismo tiempo, reducir los gastos de oficina. Los sectores afectados por el trabajo a domicilio varían de un país a otro: en Italia sigue siendo mayoritario en el sector manufacturero: las mujeres confeccionan a domicilio prendas de punto, calzados o cajas de cambios para automóviles, mientras que en los países escandinavos y en Inglaterra, el tratamiento de textos y los bancos de datos son los principales proveedores de trabajo a domicilio. Las trabajadoras a domicilio están subcualificadas; en cambio, los hombres están supercualificados. Según la investigación de empleo del INSEE de 1986, los hombres que trabajan a domicilio ganan en Francia 5.285 francos mensuales, y las mujeres 2.952 francos.

Pero estas dos formas de trabajo no bastan para asegurar la flexibilidad de la mano de obra. A partir de los años ochenta, el trabajo interino, los contratos de duración determinada, los «pequeños trabajos ocasionales», son otras tantas formas de trabajo larvado, estrategias para evitar el paro y, al mismo tiempo, asegurar un acceso marginal al mercado de trabajo. En Francia, el 47 por 100 de los titulares de contrato de duración determinada son mujeres, empleadas o cuadros, mientras que los hombres que trabajan en régimen de contrato son obreros. En todos los empleos con horarios reducidos predominan las mujeres casadas, y en Italia hay muchísimas con trabajo negro. Como se ve, el mercado de trabajo paralelo no anula la división sexual de los empleos. Mercado del trabajo oficial, economía informal, trabajo a tiempo completo o trabajo fragmentado, todos en conjunto tejen un sistema de diferencias de distintos niveles que, naturalmente, permiten




Igualdad aparente a la hora de formarse o acceder al trabajo pero los expertos siguen señalando la discriminación laboral que se ejerce sobre las mujeres. Al fondo de la imagen, un cartel de UGT pide igualdad laboral para las mujeres. 1985, Madrid. *IV Conferencia Mundial de la mujer trabajadora. CIOSL.*

distintas estrategias de acceso de las mujeres al mercado de trabajo, pero devaluándolas. Estas distintas fuentes de flexibilidad se utilizan de manera diferente de acuerdo con los diferentes países: Alemania, por ejemplo, otorga la prioridad a la flexibilidad interna en la empresa al adaptar la formación y la movilidad de la mano de obra en los empleos, mientras que Inglaterra privilegia una flexibilidad externa al recurrir al despido, la domiciliación de los empleos y el trabajo a tiempo parcial. La «flexibilidad a la italiana» echa mano de todos los recursos disponibles a fin de luchar contra el paro femenino y mejorar las perspectivas de empleo, pues la familia desempeña allí un papel de válvula de seguridad, al orientar a uno o dos de sus miembros hacia empleos estables en calidad de funcionarios y permitir así a los demás volcarse en empleos flexibles o recurrir al trabajo negro. Pero hay también otras recetas para que el mercado laboral resulte menos rígido: los despidos y el desempleo, que en este período es al mismo tiempo estructural y «de choque».

En esta época de división del trabajo, se recurre menos que antes a discursos ideológicos acerca del retorno de las mujeres al hogar; en este momento, su retiro del mercado de trabajo se organiza legalmente por medio, primero, del trabajo a tiempo parcial, y luego, del desempleo. En 1988, la Comunidad Europea cuenta con 16 millones de parados, o sea, el 11 por 100 del total de la población activa. Con excepción de



Inglaterra, en todas partes el paro femenino es más elevado que el paro masculino, en particular en Francia y en Italia. En el año 1987 el paro se eleva en Alemania al 5,3 por 100 para los hombres y al 8,0 por 100 para las mujeres, mientras que en Italia llega al 7,4 y al 17,3 por 100, respectivamente. España, con el 21,4 por 100 de mujeres sin trabajo, bate todos los records europeos en 1983, seguida de Bélgica, Italia y Portugal, mientras que en Suiza, Suecia y Noruega, la tasa media de paro femenino es del 3 por 100. A pesar del recurso a empleos intermitentes y a pesar de todas las formas de trabajo precario o negro, las mujeres sufren más el paro que los hombres, aun cuando estos últimos lo sufren por más tiempo. En el caso de las mujeres, el paro de larga duración se debe en parte a su inserción en el sector terciario, a su falta de cualificación y a su trabajo a tiempo parcial, es decir, en empleos marginales, más expuestos a ser eliminados. En Francia, el riesgo de quedar sin empleo es más grande para las mujeres que para los hombres, y este riesgo se ve acrecentado entre 1968 y 1987. Pero no sólo son las mujeres más vulnerables al paro que los hombres, sino que también son peores sus perspectivas de volver a encontrar empleo. En 1981, el 55 por 100 de los hombres despedidos vuelven a encontrar empleo estable al cabo de quince meses de paro, frente al 43 por 100 de las mujeres. Pero también se sabe que los despidos al término de empleos precarios son las principales causas del paro femenino: sin antigüedad en el empleo, o en trabajos a tiempo parcial, las mujeres que trabajan en empleos precarios tienen menos probabilidades de volver a encontrar un trabajo estable.

La mejor protección contra el desempleo, tanto para los hombres como para las mujeres, estriba en la posesión de un título superior. Y aun cuando incluso en este caso la tasa de paro es mayor para las mujeres (en 1987: 2,1 por 100, frente al 0,2 para los hombres), la posesión de un título del ciclo superior provoca una notable caída de las tasas de desempleo. Así pues, el paro entra en la espiral de la flexibilidad y de la precariedad. Los empleadores juegan con el abanico de empleos precarios y con los períodos de paro para ajustar la oferta a su demanda. Cuando las mujeres comienzan a entrar en el círculo vicioso de los empleos precarios, terminan en el paro.

De esta manera, vemos cómo en este período se produce una nueva construcción social del empleo, del trabajo y de la división sexual del trabajo. Al viejo modelo de formación y empleo estable con promoción en el seno de la empresa y jubilación, sucede el nuevo modelo de una formación y un trabajo a la carta: atomización de las formaciones, empleo estable o empleo a tiempo parcial, paro, contrato de formación, trabajo interino. La secuencia lineal de las trayectorias profesionales de antaño es reemplazada por trayectorias quebradas en las que el paro y los empleos sólo son las dos fases de la flexibilidad y de la fragmentación de la mano de obra. En esta transformación, la división sexual del trabajo no es ya tan sólo una consecuencia de la distribución del trabajo por ramas o sectores de actividad, sino también el principio organizador de la desigualdad ante el empleo: el «verdadero» trabajo está en manos masculinas, mientras que a las mujeres se destinan los «trabajos colaterales». Así las cosas, no hay por qué asombrarse de que, en todas partes, las desigualdades entre hombres y mujeres no hagan sino aumentar.

*Una segregación sofisticada*

A lo largo de este capítulo hemos visto que cada progreso numérico de las mujeres en el terreno de la educación o del mercado de trabajo corresponde a una nueva invención para mantener las diferencias entre los sexos. Así pues, se pueden hacer cuentas. Y son en verdad muchos los expertos que las hacen, que calculan de manera cada vez más sofisticada las tasas de discriminación y de segregación profesional entre hombres y mujeres[18]. Estos expertos distinguen la discriminación directa –es decir, la propensión a otorgar un título o un salario menos elevado a una mujer provista de la misma formación que un hombre que realiza el mismo trabajo que ella– y la discriminación indirecta, es decir, todos los procedimientos que, a igualdad de empleo y de salario, conceden ventajas a los hombres.

Estos dos tipos de discriminación reproducen de manera duradera no sólo «condiciones diferentes, sino la diferencia de las condiciones»[19]. La amplitud y la persistencia de la diferencia de las condiciones afectan a todos los países. Sea cual fuere el método de cálculo –índice de desemejanza, coeficiente de representación femenina, segregación vertical y horizontal–[20], las desigualdades profesionales siguen ancladas en las prácticas de empleo y en las remuneraciones. El optimismo ingenuo en el progreso inexorable de las mujeres se ve desmentido sin apelación alguna por las grandes tendencias que se han registrado. En efecto, las mutaciones estructurales más recientes no contribuyen a disminuir la segregación, sino que la mantienen e incluso la aumentan. Así pues, «los países que registran los niveles más altos de actividad son también los que tienen las tasas más altas de segregación por profesión»[21], como ocurre especialmente en los países escandinavos. Además, en todos los países, la segregación disminuye en las ramas de actividad en declive, sobre todo en el sector manufacturero, mientras que aumenta en las ramas de actividad de expansión. Por ejemplo, en Suecia, el aumento importante de mujeres en cargos de dirección y cuadros administrativos superiores tuvo como consecuencia el recrudecimiento de la segregación. Además, la llegada de las nuevas generaciones al mercado de trabajo no lleva a un descenso del índice de desigualdad. En el Reino Unido y en Alemania, la segregación es más fuerte en el caso de los jóvenes que en el de las personas mayores. Entre las múltiples causas de la persistencia de esta segregación –concentración de mujeres en empleos de servicios y en un restringido abanico de profesiones, acceso a menores cualificaciones y a niveles jerárquicos más bajos que los de los hombres–, el trabajo a tiempo parcial es, en todos los países, la razón esencial de tan feroz aumento de las desigualdades. La nueva arma contra la igualdad profesional, esto es, el trabajo parcial, ha dado pruebas de una temible eficacia.

A la tradicional división sexual del trabajo se agrega una construcción social de los empleos, destinada a atraer a un sexo más que al otro y a mantener el desfase entre hombres y mujeres. Por tanto, no hay nada asombroso en el hecho de que también persistan las diferencias de salarios, pues éstas no son otra cosa que la traducción monetaria de la asimetría de las posiciones, del valor que la sociedad otorga al trabajo de las mujeres, del recurso, en última instancia, a la discriminación lisa y llana dada la igualdad de cualificación y la igualdad de trabajo. En 1982, las mujeres de Europa ganan una media del 20 al 40 por 100 menos que los hombres, a pesar de que en todos los países se



reduce la diferencia de salario. La mayor reducción tiene lugar en Austria; la menor, en Francia. En 1989, en Francia, el salario medio de las mujeres es inferior en un 31 por 100 al de los hombres; la menor diferencia se encuentra en Italia y la máxima en Irlanda. Como ya se ha visto para el período anterior, las diferencias en las remuneraciones aumenta a medida que se asciende en la jerarquía de los empleos. En Francia, la implantación del SMIG (salario mínimo interprofesional garantizado) reduce las diferencias en la base de la jerarquía social: las obreras no cualificadas ganan el 15 por 100 menos que los obreros; cuando son cualificadas, esa diferencia entre sexos se eleva al 18 por 100. Se advierte el escaso efecto de las leyes sobre la igualdad de las remuneraciones[22]. En efecto, tienen un campo de intervención realmente reducido, pues sólo afectan a los empleos comparables, cuando el análisis de la división sexual de los empleos muestra precisamente que en muy contadas ocasiones resultan comparables. Al mismo tiempo que se promulgan convenciones y legislaciones sobre el trabajo de valor igual, se organizan estructuralmente el trabajo desigual y los empleos fragmentados. Al intervenir sobre el producto final de la división sexual del trabajo, la diferencia de salarios, esas leyes farisaicas ignoran, involuntaria o voluntariamente, que todo ya viene decidido desde antes: desde la formación escolar de las chicas en las ramas feminizadas, desde la socialización de las opciones profesionales y la formación del «gusto», desde la política de empleo. Para atribuir a la sociedad el sentido propio de la expresión buena conciencia, estas leyes dejan que se reproduzcan las desigualdades.

En efecto, cabe formularse la siguiente pregunta: ¿cómo se explica la contradicción de que las desigualdades persistan y, sin embargo, cada vez se las «vea» menos? Ya hemos dado algunos elementos de respuesta: al leer el progreso cuantitativo de las mujeres que trabajan, se ocultan las posiciones de segundo orden que ocupan, pues los que abultan las estadísticas son los «pequeños trabajos ocasionales». Pero eso no es todo. En efecto, es fácil advertir que hay prácticamente correlación entre la inflación de las discriminaciones y la inflación de los discursos eruditos sobre la segregación. Es cierto que mientras se las enuncia y se las denuncia a través del análisis y el cálculo, las desigualdades siguen entretejiéndose en el campo social y soldándose con él. Pero si el conocimiento no parece suficiente para hacer retroceder las desigualdades, al menos no agrega una voz más a la empresa de oscurantismo orquestado por los medios de comunicación de masas: la difusión selectiva de testimonios y retratos de *superwomen* lleva al sentido común a proclamar la igualdad de los sexos, e incluso, en los últimos años, a afirmar un vigoroso ascenso de las mujeres. La función social de la imagen de la mujer emprendedora y triunfante que difunden los medios de comunicación, es la de ocultar el bosque detrás del árbol. El éxito de unas cuantas es la inversa del panorama de las otras. La dominación masculina no se ejerce como al comienzo del siglo, a través del discurso que empuja a las mujeres nuevamente al hogar. Hoy en día, se enmascara detrás de leyes igualitarias, detrás de la minoría de mujeres que han «triunfado», detrás de la explicación racional, que, en el fondo, son otros tantos procedimientos para anestesiar la conciencia de la desigualdad de oportunidades en materia de educación y de trabajo. Son raras las luchas para responder a esta violencia. La dele-

gación del poder que realizan las mujeres y los movimientos feministas en las instancias legítimas, como el Ministerio de los Derechos de las mujeres, las comisiones internacionales o las leyes sobre igualdad de oportunidades de ambos sexos han contribuido a confiscar las luchas en beneficio de frágiles consensos. Y los movimientos feministas, al luchar por el cuerpo politizado, han olvidado con harta frecuencia que el cuerpo politizado era un cuerpo en el trabajo, con lo cual dejaron todavía más desprotegidas a las mujeres que se enfrentan a la realidad cotidiana de la discriminación. La subrepresentación de las mujeres en las instancias profesionales y sindicales y la desestructuración de su conciencia colectiva dejan el campo expedito a la reproducción y a la invención de nuevas desigualdades. Los discursos eruditos sobre los mecanismos de la segregación no pueden reemplazar por sí solos las luchas sociales. Sin embargo, tienen el mérito de desvelar los puntos en los que todo se decide y a los que debe dirigirse la lucha por la igualdad de oportunidades: la socialización diferencial de lo sexos en la familia, los procedimientos de orientación escolar en las ramas feminizadas y devaluadas, las modalidades de empleo. En resumen, todas las antiguas y las nuevas maneras de convertir a las mujeres en excepción a la regla. Pero los momentos en que todo vacila, en que las discriminaciones se ponen en práctica, son cada vez más falaces. Hoy en día, las mujeres tienen todas las leyes a su favor, les están abiertas todas las escuelas, están integradas por doquier. Engañadas respecto de su victoria, luchan poco contra las formas larvadas de desigualdad y contra el sexismo rastrero, cuya reproducción resulta tanto más legitimada cuanto que se halla baja protección de los discursos que proclaman la igualdad entre los sexos.

Frente a la imagen de mujer triunfadora de *superwoman*, que se difunde actualmente se oculta la realidad de muchas mujeres sumergidas. Sólo unas pocas privilegiadas por su origen social o formación podrán *hacer trampas* y escapar a las reglas. 1984. Madrid. Manifestación del 8 de marzo, día internacional de la mujer trabajadora.

Al finalizar este estudio queda demostrado que la economía no puede dar cuenta por sí misma de la división sexual del trabajo. Si bien el determinismo económico desempeña un papel de primerísimo orden en el desplazamiento, la nueva ubicación de clase y el desclasamiento de los hombres y de las mujeres en la división del trabajo, no es el único que desempeña ese papel de redistribución. No deberíamos olvidar que la economía es el producto de una construcción social y política: desde este punto de vista, está marcada por el sello de la dominación masculina. Estamos en presencia de una doble dominación inseparablemente económica y sexual, o más bien de una causalidad recíproca en que la economía enmascara la división sexual. Cuando la libre competencia profesional entre hombres y mujeres comienza a desempeñar su papel, el orden sexual, implacable, interviene para mantener la distancia que el juego económico no es capaz de asegurar por sí solo. La división sexual del saber y del trabajo es una especie de juego en el que, con toda seriedad, las mujeres apuestan cada vez más, víctimas de la ilusión de poder igualar a los hombres. Pero los dados están cargados de antemano, pues en realidad parten con retraso, y en carrera los hombres mantienen siempre la ventaja inicial. Cuanto más se acercan ellas al fin, más llueven las penalidades. Si a los hombres se les ocurriese jugar a los juegos domésticos de las mujeres, se hallarían en la misma situación que éstas, es decir, que perderían en sus carreras. Pero el orden social ha fijado para siempre cuál es el juego legítimo: transgredir las reglas es sólo privilegio de una minoría de mujeres mejor

dotadas que las demás desde el punto de vista escolar y social. La metáfora del juego tiene el mérito común no querría ver otra cosa que oportunidades cada vez más iguales. Al hacerlo así, este análisis conduce al desencanto, pues muestra que la división sexual es fundamentalmente división. A partir de ese momento, este enfoque se opone a una historia de las mujeres que sólo tenga en cuenta su propia promoción social a lo largo del siglo XX. Si «la historia de las mujeres es posible», se debe precisamente a que es la historia de una relación desigual, historia de la construcción social de la desigualdad entre los sexos, es decir, la historia de la dominación masculina pensada como uno de los «motores» de la historia. Sin la reintroducción de esta dominación, se corre el riesgo de escribir una historia positiva de las mujeres, cuando en realidad esta historia es ante todo la historia de un sexo caído, reverso de la historia soberana, la de los hombres. De esta manera, nos vemos en la obligación de adoptar la retroacción cómo figura de retórica que, pese a anunciar un progreso, vuelve atrás para retractarse. Entonces se mide la «derrota del pensamiento», que trata de convertir la historia de las mujeres en una historia en sí y para sí. La historia es una e indivisible, y la condición de las mujeres no puede captarse si no es a partir de un análisis comparado de su situación y la de los hombres. Enunciar la no autonomía de la historia de las mujeres es volver a enunciar con renovada fuerza la dominación masculina, dada la imposibilidad de la inversión. En efecto, una historia de los hombres resultaría grotesca e incoherente en comparación con la de las mujeres; la idea misma es absurda, puesto que el punto de comparación es inexcusable. Sin embargo, en el seno de la historia se puede todavía hacer hablar a las mujeres a partir de los lugares que ocupan, lugares que han diseñado los hombres, lugares sin memoria, que este trabajo colectivo intenta hacer salir de la sombra.

## Notas

[1] Se ha recurrido al concepto weberiano de orden legítimo y de orden social. Cf. Max Weber, *Économie et Société*, París, Plon, 1971, t. 1, págs. 29-31. La dominación masculina está en el corazón mismo del orden social; se ejerce sobre todo mediante el rodeo de «la violencia simbólica, que es una dimensión de toda dominación y que constituye lo esencial de la dominación masculina». Pierre Bourdieu, «La domination masculine», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 84, sept. de 1990, pág. 8.

[2] Investigaciones realizadas en 22 naciones y presentadas en el congreso de católicos sociales, en *Le travail industriel de la mère et le foyer ouvrier. Extraits du Congrès international de juin 1933*, París, Union féminine civique et sociale. Cf. también los resultados de un cuestionario enviado a distintos grupos nacionales de la *Union internationale des ligues féminines catholiques*, en Françoise van Goethem, «Enquête internationale sur le travail salarié de la femme mariée», *Chronique sociale de France*, Lyon, Union internationale d'études sociales, 1932, 34 págs.

[3] Cf. los testimonios de los capataces de fábrica, en Annie Fourcaut, *Femmes à l'usine en France dans l'entre-deux-guerres*, París, Maspéro, 1982.

[4] Maurice Frois, *La Santé et le travail des femmes pendant la guerre*, París, PUF, 1926, pág. 63.

[5] André Bonnefoy, *Place aux femmes. Les carrières féministes administratives et libérales*, París, Fayard, 1914, pág. 69.

[6] Gina Lombroso, *La femme dans la société actuelle*, París, Payot, 1929, pág. 12.

[7] Marguerite Thibert, «Crise économique et travail féminin», *Revue internationale du travail*, abril, 1933, vol. XXVII, núm. 4, pág. 31.



[8] Janine Ponty, «Des Polonaises par'ent», *Revue du Nord*, revista histórica trimestral, núm. 250, jul.-sept. de 1981, t. LXIII, pág. 730.

[9] Cf. los capítulos sobre las condiciones de trabajo en *Année sociale*, revista del Bureau international du travail, Ginebra.

[10] Claudia Koonz, *Les Mères-Patries du IIIe Reich. Les femmes et le nazisme*, París, Lieu commun/Histoire, 1989, pág. 554.

[11] Porcentaje de mujeres asalariadas en cada grupo de profesiones. Por ejemplo, entre los cuadros superiores italianos hay 48 por 100 de mujeres, en Françoise Lantier, *Le travail et la formation des femmes en Europe*, París, La documentation française, vol. 4, oct. de 1972, pág. 47.

[12] Rémy Lenoir, «L'effondrement des bases du familialisme», en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núms. 57-58, junio de 1985, págs. 69-88.

[13] Pierre Bourdieu, *Les héritiers: les étudiants et leurs études*, París, Éditions de Minuit, 1964.

[14] Cf., por ejemplo, la promulgación de la *Equal Pay Act* en 1970, en el Reino Unido, ley que exige un salario igual para todo trabajo clasificado como equivalente. Cf. la ley núm. 1.414/84 sobre aplicación del principio de igualdad entre los sexos en el empleo en Grecia en 1984; o la ley sobre la igualdad profesional entre hombres y mujeres, que se aprobó en Francia en 1983.

[15] Madeleine Guilbert, *Les fonctions des femmes dans l'industrie*, París, La Haya, Mouton, 1966, pág. 148.

[16] *Ibid.*, pág. 144.

[17] Cf., por ejemplo, Brigitte Belloc, «Le travail à temps partiel», en *Données Sociales*, París, INSEE, 1987, págs. 112-123.

[18] Cf. «Ségrégation professionnelle selon le sexe», en *L'intégration des femmes dans l'économie*, París, OCDE, 1985, págs. 40-74.

[19] Pierre Bourdieu, «Classement, déclassement, reclassement», *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 24, nov. de 1978, pág. 22.

[20] El grado de segregación se mide por la relación entre la proporción de mujeres en la profesión considerada y la proporción de mujeres en la población activa total. La relación entre estas dos proporciones es el coeficiente de representación femenina (CRF). El índice de disimilaridad (ID) se obtiene a partir de la proporción de mujeres en cada categoría de empleo en relación con la proporción de hombres de dicha categoría. ID es igual a 0 cuando no hay segregación, y es igual a 1 en caso de segregación total. La fórmula del índice de disimilaridad es la siguiente:

$$\frac{1}{2}\sum_{i=1}^{K}\left[\frac{Nfi}{Nf}-\frac{Nmi}{Nm}\right]\times 100\,\%$$

Cf. *L'intégration des femmes dans l'économie, op. cit.*, págs. 44 y 73. Esta sofisticación matemática, que forma parte de la «mitología científica», al expresar las desigualdades sociales en una fórmula cifrada socialmente aceptable, dada su inverificabilidad, termina convirtiéndose en mero eufemismo de tales desigualdades. Cf. Pierre Bourdieu, «Le Nord et le Midi. Contribution à une analyse de l'effect Montesquieu», en *Actes de la recherche en sciences sociales*, núm. 35, nov. 1980, págs. 22-25.

[21] *L'Intégration des femmes dans l'économie, op. cit.*, pág. 46.

[22] Las leyes y reglamentaciones sobre la igualdad de trato y la igualdad de remuneraciones constituyen una gran victoria jurídica y política, pero estas leyes inciden poco o nada en el desfase de los salarios. Estamos precisamente ante la diferencia entre la igualdad de derecho y las desigualdades de hecho. Cf. Anne Sabourin, *Le travail des femmes dans la CEE. Conditions juridiques*, París, Economica, 1984.

Agradecemos a Juliette Caniou y Tatiana Michel su participación en la documentación.